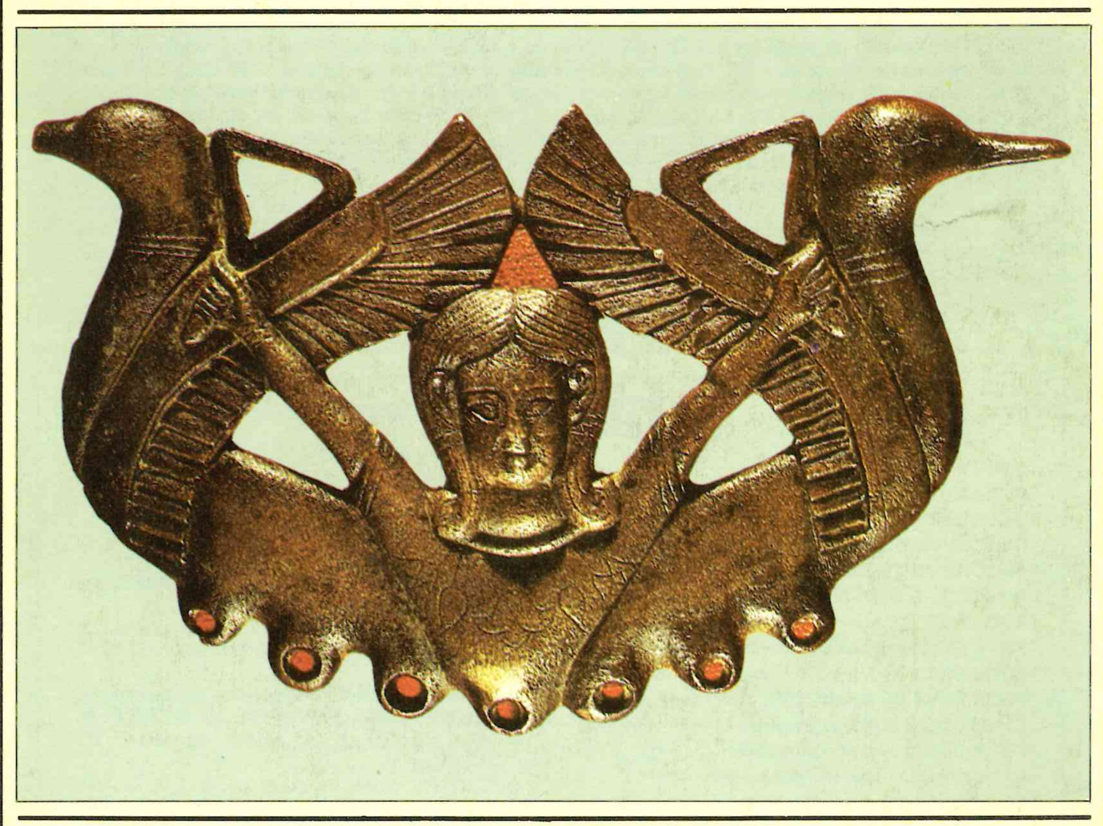
CUADERNOS
historia 16

Tartessos

A. Blanco, J. M. Blázquez, M. Bendala y M. A. Elvira



40

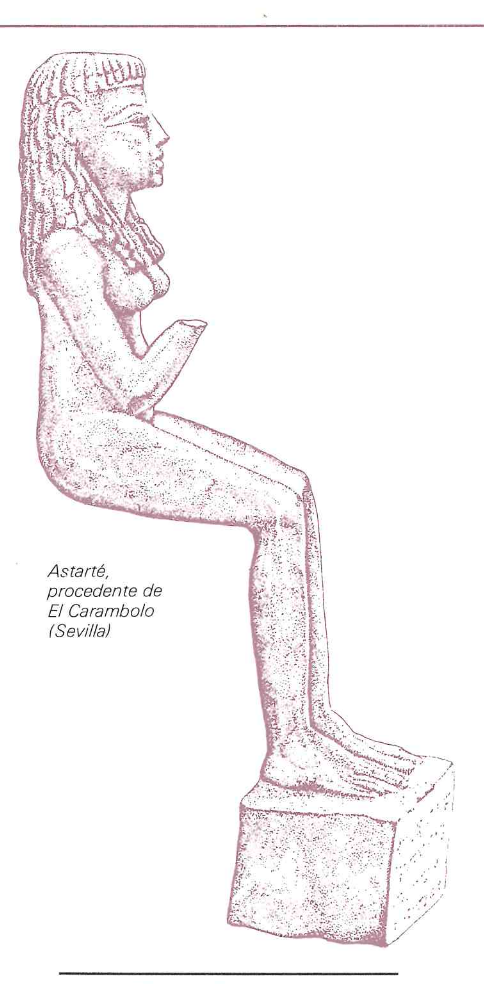
140 ptas

CUADERNOS historia 16

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.
PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.
VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.
DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.
DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.
DIRECTOR: J. David Solar Cubillas.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
REDACCION: Asunción Doménech y Manuel Longares.
COLABORACION ESPECIAL: José M.ª Solé Mariño.
SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.° 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Barcelona: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: 218 50 16 y 218 50 66.

DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfs.: 268 04 03 - 02.
DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.
PUBLICIDAD MADRID: Adriana González. Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Cataluña: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: (93) 237 70 00, 237 66 50 ó 218 50 16.
Zona Norte: Alejandro Vicente. Avda. del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Tel. (94) 435 77 86.
IMPRIME: Raycar, S. A. Matilde Hernández, 27. 28019 Madrid.
DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avda. Valdelaparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).
ISBN 84-85229-76-2, obra completa.
ISBN 84-85229-77-0, cuadernos.
ISBN 84-7679-016-3. Tomo V
Depósito legal: M. 41.536.—1985.



Astarté, procedente de El Carambolo (Sevilla)

Indice

El problema de Tartessos

Por Antonio Blanco Freijeiro
Catedŕatico de Arqueología. De la Real Academia de la Historia

CREO que si muchos españoles de mediana y más que mediana edad hacemos memoria de nuestros años escolares, caeremos en la cuenta de no haber oído la palabra Tartessos en el transcurso de nuestros estudios primarios, ni aun en el de los secundarios. A lo sumo, la habremos escuchado por primera vez en ambientes universitarios y como materia propia de cursos más bien adelantados. Y es que justamente entonces el problema de Tartessos empezaba a ponerse de moda.

El encargado de implantar esa moda fue el historiador alemán Adolfo Schulten (1870-1960), profesor de la Universidad de Erlangen, muy versado en la antigüedad hispánica y entusiasta investigador de algunos de sus capítulos, como el de Numancia, al que dedicó una voluminosa obra. Personalidades relevantes de nuestra más antigua historia —un Viriato, un Sertorio— o trances dramáticamente cruciales como la heroica resistencia de los cántabros y astures a la anexión de sus territorios por parte de Roma, fueron objeto de apasionantes estudios de este gran hispanista. Ello no quiere decir que su concepto de los españoles, tanto antiguos como modernos, fuese muy lisonjero.

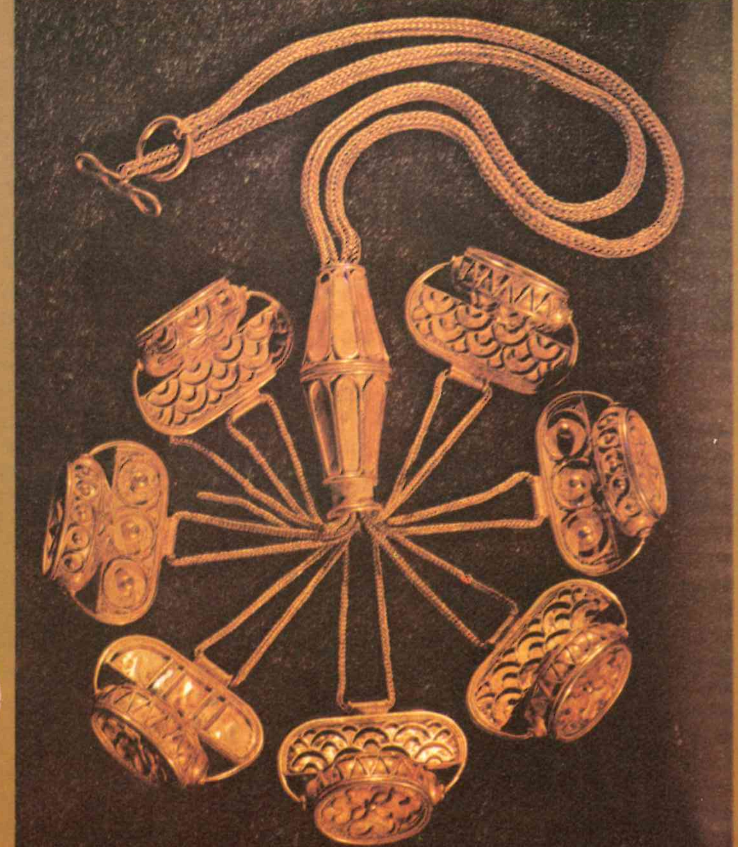
Por lo que respecta a los antiguos, junto a sus virtudes de bravura, frugalidad, agilidad, etc., les veía los defectos de la indisciplina, la rapacidad, la inconstancia, entre otros; en cuanto a los modernos, las pocas referencias que en sus libros hace a los de autores españoles (y no españoles, justo es decirlo) indica que contemplaba a éstos con no disimulado desdén. Hay que reconocer, sin embargo, que si todo ello no le granjeó demasiadas simpatías, tampoco le privó de la amistad de muchos españoles. Como decía hace veinte años nuestro colega W. Grünhagen, en la nota necrológica que entonces escribió para las *Madrider Mitteilungen, no obstante su carácter, difícil para captarse a un meridional y decididamente autoritario, que en ocasiones le llevó incluso a transgredir los delicados límites de un comportamiento diplomático, probablemente Schulten ha tenido más amigos en España que en Alemania*. Entre estos amigos se contaba, en lugar muy destacado, el eminente prehistoriador Luis Pericot, a quien Schulten había de dedicar la segunda edición española de su *Tartessos*.

Bastante antes de que Schulten emprendiese las investigaciones que le llevaron a escribir este libro fantasioso, pero por lo mismo muy sugerente y atractivo para los dados a la novelería histórica, otro gran maestro de la Historia de España, don Manuel Gómez-Moreno (1870-1970), a quien cabe entre otras la gloria de haber descifrado la enrevesada escritura ibérica, traza una viñeta de Tartessos en la que están todos los puntos —todos los puntos menos uno, como en seguida veremos— sobre los que Schulten había de construir su gran mural tartésico: *En efecto* —escribe en 1905—, *hubo un pueblo famoso entre los de España, que aun los griegos miraron con afecto y del que se ponderaban los amneos y feraces campos, su nobleza y magnanimidad, opulencia y sabiduría, lo vetusto de su literatura con gramática, historias, poemas y leyes en verso, cuya edad reputaban de miles de años... Me refiero a los Tartesios de la geografía griega y Túrdulos de la latina, por quienes la Andalucía baja, en donde principalmente florecieron, se llamó Tartéside y Turdetania; mas no fue aquí sólo su residencia, sino que consta por muy viejos testimonios haber ocupado la comarca granadina con lo más de las costas y otros grandes territorios occidentales*. Eran estos tartesios, sigue diciendo Gómez Moreno, intrépidos navegantes que *arrojándose atrevidos al Océano en veloces barcas, lo recorrían con frecuencia, ya para negociar en las islas Oestrímnides u Occidentales, ricas en estaño y plomo, ya desafiando los hielos del mar del Norte, para invadir extensas comarcas, hacia donde habitaban los britanos y los germanos feroces de tez blanca* (véase *Misceláneas*, Madrid, 1949, pág. 127 y ss).

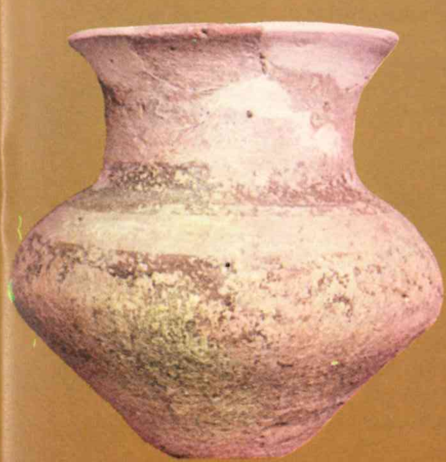
Nótese que Gómez-Moreno habla de los tartesios como de un pueblo que floreció en la baja Andalucía, pero ni aquí ni en ninguna otra parte se refiere a una ciudad de nombre Tartessos. Esa sería la novedad introducida por Schulten: la de hacer de Tartessos, sobre todo, una ciudad, una Troya de Occidente, que él, como un nuevo Schliemann, estaba llamado a descubrir, guiándose de su personalísima interpretación de los pasajes en que el poeta tardorromano Avieno (siglo IV d.C.), haciendo uso de fuentes antiquísimas, describe la zona de la desembocadura del Guadalquivir

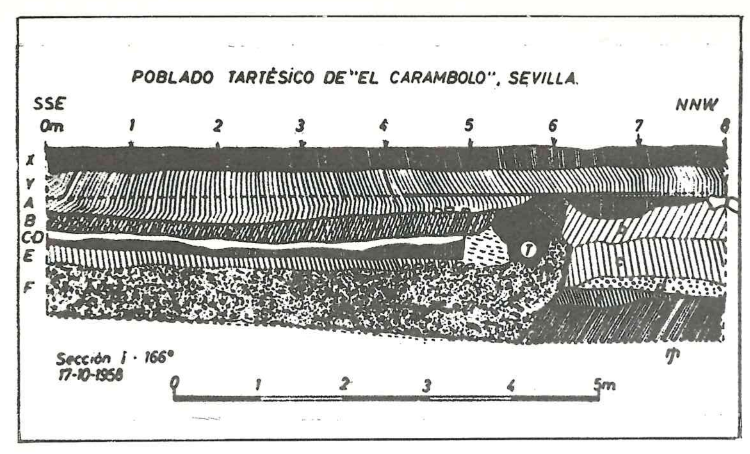
Detalle de una diadema de oro del tesoro de Ebora (Sevilla)

Collar del tesoro de El Carambolo (s. VII-VI a.C.)



Cerámica procedente del Poblado Bajo de El Carambolo (Sevilla)







Corte estratigráfico del poblado tartésico de El Carambolo, según J. Maluquer



Dama de la necrópolis fenicia de Galera (s. VI-V a.C., Museo Arqueológico, Madrid)

en el poema didáctico titulado *Ora Maritima*. Desgraciadamente, y como era de temer, las excavaciones realizadas por Schulten en el Coto de Doñana entre 1923 y 1925, donde confiaba en dar con las ruinas de la antigua ciudad, se limitaron a descubrir los restos de una modesta aldea de pescadores romanos. Aun así, sin desalentarse por el resultado, Schulten siguió insistiendo: *La investigación arqueológica del reino de Tartessos, que ha sido la región más culta y más rica de la España antigua, constituye la misión más importante de la Arqueología española.*

Estas palabras, que cierran el prólogo a su edición de *Tartessos* de 1945, cuando el autor cumplía los setenta y cinco años, ofrecen la novedad de no incitar ya a la búsqueda de una ciudad, sino al estudio de un reino y de una región a los cuales los antiguos aplicaban los calificativos de culto *(Los turdetanos,* dice Estrabón, *son los más cultos —sophótatoi— de los iberos...)* y de rico con que el sabio alemán los adorna. Porque, en efecto, las fuentes textuales más antiguas de que disponemos no dicen que Tartessos fuese una ciudad, sino primero un río, después un país y finalmente un emporio al que los nautas griegos realizaron provechosas arribadas (véase lo que al respecto escribe más adelante M. Bendala).

La misteriosa ciudad

Leyendo los testimonios reunidos por Schulten en el tomo I (pág. 182 y ss.) de sus *Fontes Hispaniae Antiquae*, parece como si los griegos supiesen y dijesen desde tiempo inmemorial que Tartessos era una ciudad de Iberia. El lector que no esté acostumbrado a ejercitar la crítica textual quedará anonadado por tan formidable alegato y convencido para siempre de la existencia de la ciudad tal y como Schulten la postula. Ha hecho falta la meticulosa labor de un filólogo experto y libre de prejuicios —el sueco Ulf Tackholm— para poner otra vez las cosas en su punto. ¿Qué fueron sabiendo y diciendo los griegos, de verdad, acerca de Tartessos?

Primero que era un río, situado *casi enfrente de la ilustre Erytheia* (Estesicoro de Himera, entre los siglos VII y VI a.C.). Erytheia llamaban algunos autores antiguos, según testimonio de Plinio el Viejo, a una de las (entonces) tres islas de Cádiz, precisamente aquella en donde había radicado la primera ciudad fenicia, *in qua prius oppidum Gadium fuit*. Estesícoro no la califica de «ilustre» *(kleiné)* por esta circunstancia, sino por haber sido la sede del tricéfalo Geryoneus, el rey del ganado, a quien Heraklés dio muerte *junto a los bueyes de flexibles pies y se llevó aquellas reses de espaciosa testuz a la sagrada Tirinto*. Así lo cuenta Hesiodo en la *Teogonía* (287 ss.) al tiempo que localiza este suceso y estos personajes míticos *en Erytheia, en medio de las olas*. La aventura tuvo gran repercusión en la literatura y en el arte griego. Por eso Erytheia era ilustre o famosa.

Así pues, Tartessos era un río situado *casi enfrente de la ilustre Erytheia*, lo que en sentido estricto correspondería al Guadalete en el día de hoy y tal vez también al Guadalquivir en la antigüedad si una de sus bocas desembocaba entonces en la bahía de Cádiz. Comoquiera que fuese, para Estrabón y para otros autores antiguos, el Tartessos se llamaba también *Baitis* y era el mayor de los ríos de Andalucía, lo que sólo puede referirse al Betis o Guadalquivir. Aun así, no faltan quienes discrepen de esta ecuación y prefieran identificar al Tartessos

con el Tinto, por las sustancias minerales que éste lleva en suspensión y porque hasta hace un siglo nacía en una cueva de una comarca rica en plata, como dicen los antiguos —Estesícoro incluido— que ocurría con el Tartessos.

Tartessos como país, y país grande (Heródoto lo cita así en el mismo renglón que a Etruria y a Iberia, refiriéndose con este último nombre a la España levantina y probablemente el Rosellón) aparece por primera vez en la obra de Hecateo de Mileto (entre los siglos VI y V a.C.), al dar éste noticia de que *Elibyrge* (quizá *Iliberi*=Granada) era *ciudad de Tartessos, en Europa*. Y no sabemos si la misma noción de Tartessos como país, o con expresión más restringida como capital de un reino, es la que se encuentra en la manifestación de Anacreonte, de que él *no quisiera reinar ciento cincuenta años en Tartessos*.

Por último, Heródoto (ca. 484-425 a.C.) habla de Tartessos en los pasajes que aquí comenta M. Bendala, en el primero de los cuales lo define como *chora*, «país», y en el segundo como lugar de mercado *(emporion)*, que lo mismo podría hallarse en una ciudad que en cualquier otro paraje apto para atracar los barcos y practicar la diplomacia y el intercambio de mercancías con los nativos, en suma, lo que en un principio fue Emporion en el islote de San Martín de Ampurias.

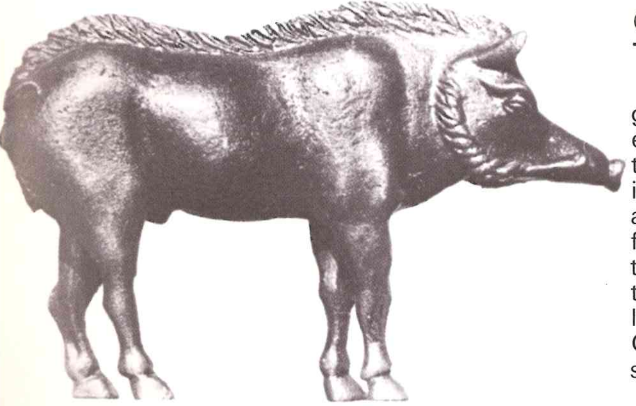
El caso es que la palabra clave para entender ciudad, o sea, *polis*, no consta expresamente en ninguna de las fuentes griegas de la época en que Tartessos existía o, a lo sumo, había dejado de existir hacía poco.

Después, sí; Eforo (hacia 340 a.C.) y otros muchos autores en pos de él, nos dirán que Tartessos era una *polis* de Iberia; pero resulta que al mismo tiempo que dicen esto, o bien la sitúan con extrema vaguedad, v. gr. *a dos días de navegación de Cádiz* lo que es aplicable, si se quiere, tanto a Huelva, yendo por mar, como a Sevilla, remontando el Guadalquivir, o bien la localizan entre los brazos que el Guadalquivir formaba en su desembocadura, tras atravesar el ensanche del lago Ligustino, rellenado hoy por el barro de las Marismas. Cierto que esta zona y sus aledaños son muy ricos tanto en joyas (los candelabros de Lebrija, el tesorillo del cortijo de Ebora) como en otros vestigios de la época, pero no parece muy adecuada para el emplazamiento de esa ciudad fantasma, ni hasta ahora se ha podido señalar un rastro de la misma que permita barruntar su presencia. Con todo, están en curso varias investigaciones que tal vez deparen novedades de mayor importancia.

Volviendo a los autores antiguos, fuera de esas indicaciones de distancias y de esas referencias a una topografía susceptible de muy varias interpretaciones, la mayoría de ellos, incluido Avieno, a quien Schulten tomó por su guía más certero, que creyeron había existido una ciudad de Tartessos, o bien la identifican con Cádiz o bien con Carteia, en la bahía de Algeciras. Peor aun que todo esto, es que los nativos de la región, los más obligados a saber algo más concreto, se expresen con la vaguedad con que lo hace Pomponio Mela (2,96) cuando se limita a decir: *Carteia, como creen algunos Tartessos*.

En suma, que si alguna vez existió una ciudad de Tartessos, su situación era ya tan problemática para los antiguos, que será sumamente improbable que lleguemos nosotros a localizarla. En desquite, el número de yacimientos de época tartésica catalogados hoy es tan elevado, que nos hallamos en óptimas condiciones de conocer muy bien lo que fue aquella civilización, aunque la presunta capital siga eludiendo todas las pesquisas. De hecho, lo que para Schulten era un nombre sin contenido, hace cuarenta años, conlleva hoy un denso bagaje de materiales.

Jabalí de bronce de Riotinto



Cultura orientalizante

Este bagaje no es sólo fruto de los hallazgos y descubrimientos verificados desde entonces, sino de estudios que han demostrado que en época de Tartessos no sólo se introdujeron en nuestro país numerosos artículos del comercio y de la industria fenicios, sino que se produjeron aquí imitaciones de los mismos en tal cantidad, que toda la cultura puede calificarse de orientalizante como lo hacen sus equivalentes de Grecia e Italia en los siglos VII y VI; y aun si cabe, en gran medida, por la mayor

densidad que tiene aquí la presencia fenicia desde sus enclaves coloniales de Gadir (Cádiz), Malaka (Málaga), Sexi (Almuñécar) y Abdera (Adra), por citar sólo a los más notorios.

En otras palabras y en este caso concreto, la cerámica, el hierro, los bronces, los marfiles, las joyas y todo cuanto es adorno de la persona, de la casa, del templo y de la tumba; las imágenes de los dioses; el arte y su iconografía, la escritura; el torno del alfarero; la técnica de la obtención y la elaboración de infinidad de materias primas; la industria de la conservación del pescado; novedades en la agricultura como puede ser el cultivo del olivo y la obtención del aceite, estos y otros varios aspectos de la civilización de la época son el resultado de la acción colonial fenicia en primer lugar, y griega en segundo, sobre los medios indígenas del mediodía hispánico entre los siglos VIII y V a.C., época en que todas sus regiones parecen haber estado integradas en ese estado territorial de régimen monárquico a quien los antiguos conocieron por el nombre de Tartessos.

El Tarsis bíblico

Tarsis se llama hoy una mina de la provincia de Huelva que sigue siendo explotada por la compañía escocesa que obtuvo hace más de un siglo la concesión de la misma; pero además de eso, Tarsis es un problema histórico bastante espinoso, pues a diferencia de Tartessos, de quien nadie dudó en la Antigüedad, y pocos han dudado en la Edad Moderna, de que se tratase de un reino ibérico (no fenicio, ni griego) situado en el sur de la Península, Tarsis no sabemos si era eso mismo u otra cosa en lengua semítica. En general Tarsis es como llama la Biblia a un país lejano con el cual los fenicios mantenían relaciones comerciales por vía marítima. Sin embargo, la primera vez que el nombre aparece *(Libro de los Reyes* 1,10,22) lo hace aplicado a unos barcos de un cierto tipo que Salomón construyó en el puerto de Ezion Geber para realizar viajes de tres años de duración a un país del que volverían cargados de productos tropicales: marfil, oro, monos, pavos reales, etc. Este tipo de productos, y el hecho, hoy suficientemente comprobado, de que Ezion Geber se hallaba en el Golfo de Akaba, cuya única salida era el Mar Rojo, indican que el destino de las naves de Tarsis empleadas por Salomón y sus aliados tirios era un país o varios países del Indico y no del Mediterráneo.

Nave de Tarsis ha de entenderse, pues, como un tipo de embarcación que no tenía por que ir necesariamente a Tarsis, de la misma forma que un transatlántico sirve para cruzar lo mismo el Atlántico que otros mares cualesquiera. Lo peor de esta constatación es que tanto esa como las demás referencias bíblicas anteriores al Cautiverio (hacia 586 a.C.) no sirven para demostrar, como antes se creía, que los fenicios venían ya a la Península en tiempos de Salomón (961-922 a.C.). Hace unos años armó gran revuelo entre los hebraístas la aparición de la estela de Nora, en Cerdeña, donde Albright y otros leían la palabra Tarsis, que el primero traducía como «refinería» o «planta de fundición»; pero desde entonces se han propuesto otras traducciones tan divergentes que el tema ha perdido todo su interés.

En suma, que antes de Ezequiel carecemos de testimonios de una posible Tarsis en el Mediterráneo occidental. Con Ezequiel parece, sí, que podemos contar con una Tarsis hispánica, que suministraba a Tiro productos típicamente occidentales, especialmente el estaño, del que Oriente carecía. De modo que cuando hacia 586 Ezequiel dice *Tarsis era tu socio en los negocios, pues tú* (Tiro) *eras rico en bienes de todo orden; plata, hierro, estaño y plomo recibías tú en pago*, probablemente está refiriéndose a una Tarsis situada en España. Pero la cuestión pierde con ello una gran parte de su interés, pues Ezequiel es posterior a Estesícoro de Himera y su testimonio, al igual que todos los restantes de la Biblia, no añade absolutamente nada a lo que sabemos por fuentes griegas de la misma o mayor antigüedad.

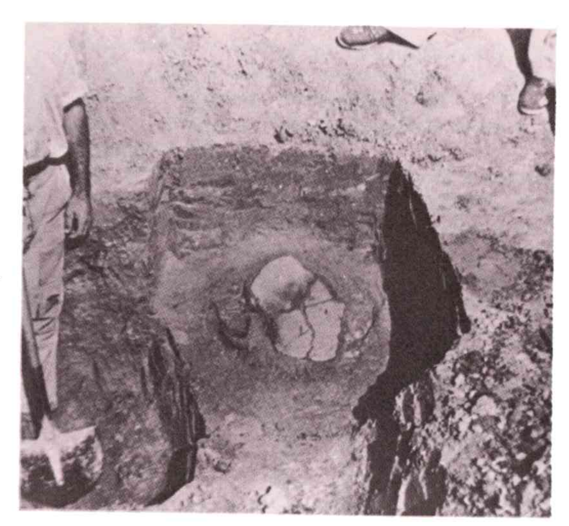
Entre éstas conviene recordar el apoyo que Polibio (3,24,2) presta a los autores bíblicos cuando al transcribir los términos del tratado suscrito por Roma y por Cartago en el 347 a.C. dice que las naves de los romanos y de sus aliados no podrán navegar en circunstancias normales más alla de *Mastia Tarseion* (probablemente Cartagena u otro lugar de aquella comarca), o lo que es lo mismo *Mastia de los Tarsis*. En cambio, el otro testimonio aducido por Schulten, el epitafio de una presunta mujer de Tarsis sepultada en Milán, no parece antiguo sino fruto de reconstrucción renacentista.

Nueva imagen de Tartessos

Si las palabras Tartessos y Tarsis poseen hoy un cierto contenido, ello se debe, en parte, a los descubrimientos y hallazgos arqueológicos realizados en los últimos decenios, pero tanto o más que a eso, al hecho de que los investigadores se hayan



Localización aproximada de la cultura tartésica



Excavación en El Carambolo



El vaso de Valdegamas (Don Benito, Badajoz)

percatado de que si Tartessos no era una quimera, algo de él tenía que encontrarse ya en los museos. Obsesionado por la idea de descubrir lo nunca visto —quizá la impresión de aquel horripilante pórtico de atlantes y cariátides sobre leones que el Barón von Oppenheim acababa de exhumar en Tell Halaf— Schulten pasó de largo ante los monumentos tartésicos sin percatarse de que lo eran, por la simple razón de que se hallaban catalogados como fenicios, importados de Tiro o de Sidón los unos, de Cartago los otros, y dando siempre muy poco o ningún margen a la posibilidad de su fabricación en la Península. Hizo falta un nuevo enfoque, o si se prefiere, una nueva mentalidad, para que vistas las cosas bajo otra luz, se revelasen como lo que verosímilmente eran. Una vez señalado el nuevo rumbo, el panorama comenzó a cambiar de tal manera, que cuando J. M. Blázquez publicó en 1968 la primera edición de su *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente* pudo reunir en este libro un impresionante conjunto de materiales que la investigación había ido calificando durante los años precedentes como fenicios los unos y orientalizantes —esto es, autóctonos, pero de ejecución o inspiración fenicia— los otros. Pese a su importancia, los materiales de esta última parcela no habían anulado, antes al contrario, habían estimulado las manifestaciones propias del mundo indígena, que cada vez se revelaba como más maduro y capaz de alcanzar el alto grado de civilización que caracteriza a la protohistoria del Mediodía hispánico.

De otro lado, la casualidad o la búsqueda deliberada han fomentado varios e importantes descubrimientos. Algunos de ellos son exponente del fuerte impacto de las colonizaciones, de la fenicia en primer lugar, de la cartaginesa en segundo, sin excluir ni a los chipriotas, ni a los rodios, ni, por supuesto, a los samios y focenses, de cuyos viajes da cuenta Heródoto (una diminuta moneda de electrón, hallada al parecer en las proximidades de Sevilla, acaba de ser publicada como primer objeto focense con seguridad señalado en los dominios de Tartessos).

En este dominio de las colonizaciones destacan los descubrimientos realizados en Almuñécar en tumbas de pozo escavadas a bastante profundidad y provistas de ricos ajuares: ánforas de alabastro utilizadas como urnas cinerarias, adornadas con las cartelas de tres faraones egipcios del siglo IX a.C. —Osorkon II, Sheshonk II, Takelotis II, todos ellos de la XXII Dinastía— y acompañadas de fina cerámica fenicia, de vasos fabricados en cáscaras de huevos de avestruz, recubiertos de cenefas pintadas, tazas protocorintias de la forma llamada en griego *kótyle* o *skyphos*, etc. Sólo en estas cuatro clases de objetos tenemos testimonios de una producción fenicia muy próxima a Egipto, si no de fenicios establecidos en Egipto; la cerámica típica de los fenicios en general; huevos de avestruz de origen verosímilmente norteafricano y por último esas tazas corintias, y por tanto griegas, de principios del siglo VII. Los portadores de estas variopintas mercancías eran con suma probabilidad fenicios, los fundadores de la ciudad de Sexi que luego se engrandeció y pervivió hasta época romana.

Del mundo indígena —tartésico, si se prefiere— bien abastecido por los fenicios occidentales de artículos de prestigio, tenemos ahora el cuadro interesantísimo que presenta una necrópolis de Huelva, de

los siglos VIII a VI, situada en el cabezo de La Joya. Las fuentes antiguas dan pie para pensar en que antes de establecerse en Cádiz, los fenicios hubiesen intentado hacerlo en la isla de Saltés, a la entrada de la ría de Huelva. En efecto, al decir de Estrabón, los tirios fundadores de Cádiz, en su segundo viaje de tanteo, desembarcaron en una isla situada enfrente de *Onoba* (Huelva). Sin embargo, tras sacrificar a los dioses conforme al ritual, tomaron los auspicios y éstos fueron desfavorables, por lo que embarcaron de nuevo y regresaron a su patria. Esos desfavorables auspicios pudieran ocultar la oposición de los naturales del país a consentir la presencia permanente de aquellos competidores tan cerca de los criaderos del cobre, de la plata y del oro, y a la entrada del puerto que era uno de los principales focos del comercio de metales del Mediterráneo y del Atlántico, como revelan las muchas armas de bronce halladas en el fondo de la ría. Ahora bien: ese rechazo no impediría que los señores de Huelva aceptasen de buen grado los artículos del comercio fenicio —el vino, el aceite, las sabrosas conservas de pescado— y de las artes suntuarias de que hacen ostentación en sus tumbas.

Uno de los rasgos que parecen característicos de los ritos funerarios indígenas entre personajes de alto rango es el empleo de un jarrito piriforme y de un braserillo que después de la cremación del cadáver se depositaban en su tumba, junto a la urna cineraria y demás objetos de su ajuar. Estos dos recipientes, por lo general de bronce, lo mismo aparecen en Huelva que en Carmona (Sevilla), La Aliseda (Cáceres), Torres Vedras (Portugal), etc., pero no, según lo hasta ahora conocido, en Cádiz ni en los demás establecimientos fenicios. Pues bien:

Asa de un jarro de bronce, de probable origen griego, hallado en Málaga

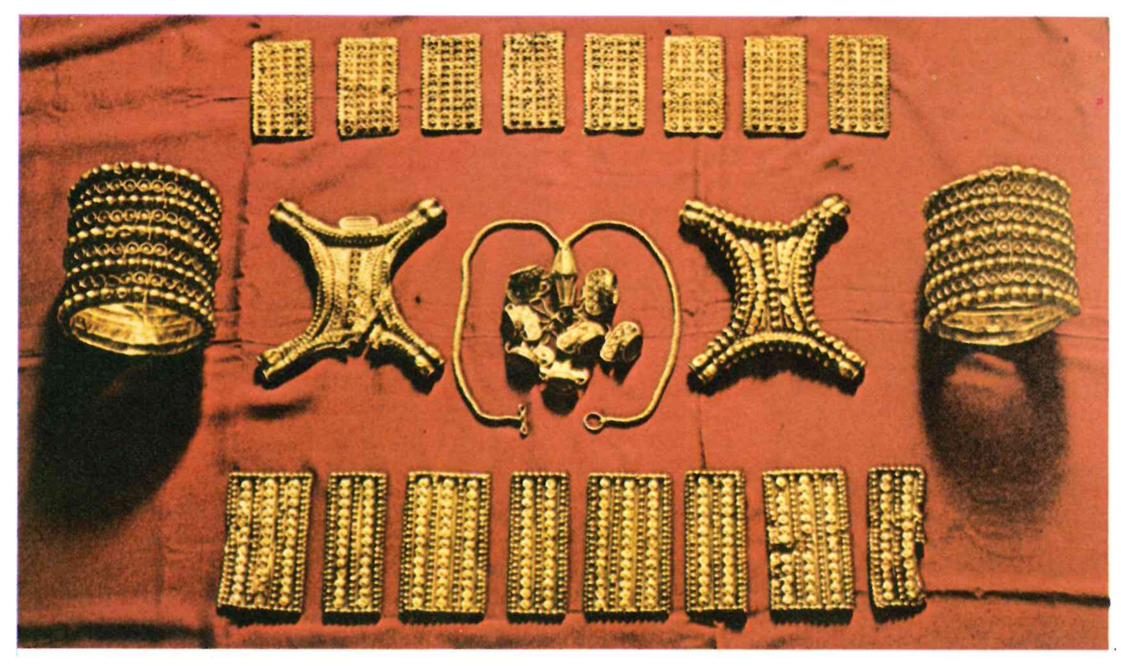


la necrópolis de La Joya ha proporcionado varios ejemplares de estos jarros y braserillos, lo que puede valer, aunque sólo sea a título de hipótesis, como prueba de su indigenismo. El gusto por una incipente decoración escultórica lleva a estos hombres del suroeste tartésico a promocionar la fabricación de un tipo de jarro que si no inventado por ellos ni para ellos —hay demasiados paralelos griegos y etruscos para creerlo así— acabaría siendo muy típico de esta zona: el jarrito terminado en cabeza de animal (león o ciervo) y adornado de palmetas y de serpientes.

La ostentación suntuaria no acaba aquí. Las joyas, los objetos y muebles de marfil, y hasta un carro provisto de hermosas guarniciones de bronce, acompañan a menudo a su dueño en su viaje al Más Allá, en el supuesto de que sus creencias de ultratumba le permitiesen abrigar esperanzas en el viaje de su alma a un Eliseo de floridos prados o a un Hades tenebroso, pero no falto de consuelo para el creyente cumplidor. Avieno sitúa, en efecto, en esta región el templo y la cueva de una *Inferna Dea* que no sabemos si es *Ataecina Turobrigensis Proserpina*, conocida por muchas inscripciones romanas, u otra divinidad afín y, como ella, salvadora.

El florecimiento de la minería, capítulo fundamental de la economía de la época (véase lo que al respecto escribe más adelante J. M. Blázquez), permite disponer de dos metales que si hasta entonces tuvieron importancia secundaria, en comparación con el valor del cobre como metal industrial, ahora pasan a primer plano, como ocurre en la actualidad con la subida continua de la cotización del oro: la plata en primer lugar y el oro en segundo. La principal riqueza de Tartessos radicaba en la plata; así lo dicen las fuentes y así lo corrobora el nombre del rey Argantonio si éste significa, como parece, *el hombre de la plata*. En el pasado año de 1979 sólo Riotinto ha obtenido veinticinco toneladas de plata y dos toneladas y media de oro. Esa proporción de uno a diez entre los dos metales era probablemente la misma en la Edad Antigua. Por ello no es de extrañar que el oro fuese mucho más apreciado que la plata en los medios indígenas, y que en época tartésica no se ocultasen tesoros de plata como los que en cambio se escondían con tanta frecuencia tres siglos más tarde en tiempos de la República romana.

El contraste entre el tesoro de Villena, anterior a la llegada de los fenicios, y los de El Carambolo y Ebora —aparecidos los tres en el espacio de pocos años alrededor de 1960— revela cómo aún respetándose

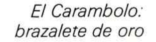


Joyas del tesoro de El Carambolo (siglo VII-VI a.C.)

en ciertos casos las formas tradicionales en el país, las joyas de la época orientalizante hacen gala de una riqueza ornamental que les da un aspecto mucho más barroco que el de sus precursoras de la Edad del Bronce. Aunque sus viviendas y sus poblados fueran modestos, los poderosos de la sociedad tartésica, cuando se revestían de todas sus galas de oro —los cinturones, las diademas, las coronas, los brazaletes, los collares, los anillos— debían de presentar un aspecto deslumbrante, tanto como el que aún hoy presenta en sus estatuas de piedra esos ídolos ibéricos que son la Dama de Elche, la Dama de Baza y todas sus compañeras.



Ampolla de barro rosado procedente del Poblado Bajo de El Carambolo





El Carambolo: brazalete de oro

El Dorado de Occidente

Por José M.ª Blázquez

Catedrático de Historia de la España Antigua. Universidad Complutense de Madrid

EN la actualidad es posible al historiador trazar un panorama general, relativamente aproximado, de la economía de Tartessos, ese reino misterioso, que se extendió desde Sierra Morena hasta la costa meridional de la Península Ibérica y desde la costa atlántica hasta «Mastia Tarseion», en las proximidades de Cartagena.

Los arqueólogos españoles, portugueses y alemanes han trabajado intensamente en esta región en los dos últimos decenios, tanto en los asentamientos fenicios de Almuñécar —en la actual provincia de Granada—, Toscanos y Trayamar ambos en la costa malagueña, como en los poblados y necrópolis indígenas, que mantenían intensas relaciones comerciales con los fenicios asentados en la costa mediterránea o atlántica, en poblados y necrópolis enclavados en Huelva capital, en Setefilla y en Carmona y en El Carambolo, estos últimos de la provincia de Sevilla. Las fuentes antiguas referentes a la economía tartésica habían sido, desde hace años, 1945 y 1954, bien estudiados por el hispanista alemán, A. Schulten, descubridor de la importancia económica de Tartessos, para fenicios y griegos, y por A. Garcia y Bellido, que puso al día los estudios del investigador alemán. Pero las aportaciones recientes de la Arqueología permiten hacernos una idea mucho más exacta de la estructura económica de este reino e interpretar las fuentes literarias griegas y latinas con mayores posibilidades de acierto.

Explotaciones mineras

En la economía tartésica desempeñaban un papel de primerísima importancia las explotaciones mineras, pues el reino de Tartessos, para fenicios, cartagineses y griegos era, como acertadamente escribió G. Charles Picard, el *El Dorado* de Occidente. Las regiones del Mediterráneo eran pobres en minas, o los yacimientos rentables no se habían descubierto todavía a finales de la Edad del Bronce. Cerdeña tenía minas de plata, que motivaron que los fenicios se fijasen en ella, en fecha tan temprana como el siglo IX a.C. El norte de Africa carecía de minerales, salvo el oro del Atlas, que explotaron los cartagineses, en fecha



El bronce Carriazo representando a la diosa de la fecundidad (s. VII a.C.)

más reciente. En la isla de Elba, en las proximidades de la costa itálica, trabajaron los etruscos, ya en el siglo VIII a.C., los yacimientos de hierro, lo que motivó la prosperidad de Vetulonia, ciudad asentada en la costa tirrénica. Las famosas minas del Laurión, a 20 km. de Atenas, no se descubrieron hasta mediados del siglo VI a.C., durante el gobierno de los Pisistrátidas. Por los mismos años, el ateniense Milcíades, el viejo, marchó a Tracia, a explotar las minas de plata. De éstas había algunas de poca importancia en la actual Turquía.

Las regiones del Mediterráneo carecían de un metal fundamental para la elaboración del bronce, el estaño. En cambio, en la Península Ibérica y en las islas Británicas había yacimientos de estaño en gran cantidad. La única región mediterránea que tenía plata y toda clase de metales en abundancia, como escribe, hacia finales de la República Romana, el geógrafo griego Estrabón, era el reino de Tartessos. Estos yacimientos de Tartessos eran conocidos en el Oriente, por lo menos desde la mitad del tercer milenio a.C., fecha en que llegaron al sudeste de la Península prospectores de metales orientales en busca de plata y cobre. Ellos originaron las culturas de Los Millares, entre los años 2500 a.C. y 2000 a.C., de Almería, hacia el 2000 a.C. y de El Algar, a partir del 1800 a.C., poblados asentados todos en Almería, en una región abundante en plata.

Cuando los fenicios, en el año 1100 a.C., fundaron Cádiz, sabían perfectamente lo que buscaban en Occidente y eran herederos de aquellos orientales venidos a la Península a prospeccionar metales. Algo después de la fundación de Cádiz, o quizá coincidiendo con ella, llegaban los primeros indoeuropeos al sudoeste, a la Ría de Huelva, como se desprende de la fecha, que hoy día da la investigación moderna al hallazgo de la Ría de Huelva, entre los años 880-840 a.C. Las poblaciones indoeuropeas vendrían a Huelva y a Extremadura en busca de metales y se desparramaron pronto por toda Sierra Morena y por el valle del Guadalquivir.

El poblado del Cabezo de S. Pedro, en Huelva capital, datado de finales de la Edad del Bronce, esta plagado de tortas de fundición de plata, metal en bruto, que tenían que traer los nativos a lomo de caballerías, por lo menos desde una distancia de 100 kilómetros. En esta época, siglos IX-VI a.C., las poblaciones del sur de Portugal y de toda Sierra Morena fundieron plata y otros metales, como cobre y estaño en grandes cantidades, para proporcionarlos a los fenicios asentados en la costa e intercambiarlos por aceite, telas y productos de lujo (joyas, piedras preciosas, marfiles, perfumes, etcétera).

Los escritores antiguos afirman claramente que el metal preferido por los mercaderes fenicios, que visitaban las costas tartéssicas, era la plata, como sostienen un texto del Pseudo-Aristóteles, a comienzos de la época helenística y otro de Diodoro Sículo, historiador contemporáneo de Augusto.

El escritor griego Pausanias, en su guía de Grecia, escrita a finales de la dinastía de los Antoninos (siglo II d.C.), indica que el cobre tartésico era otro metal buscado por los mercaderes griegos. Se ha supuesto por algunos investigadores, como Maluquer, que Tartessos no exportaba los minerales en bruto, sino probablemente en



Vista parcial de las minas de Tharsis (Huelva)

lingotes y objetos manufacturados, lo que confirma que los poblados tartésicos no eran un simple emporio de mineral, sino verdaderos centros metalúrgicos. En Tartessos debía haber una gran cantidad de talleres, que trabajaban el metal, diseminados por todo el sur y que copiaban los modelos recibidos del Oriente, como se desprende de la gran cantidad de joyas y objetos de bronce y plata que hoy se asignan a la cultura tartésica u orientalizante, entre los siglos VII y VI a.C., sin descartar que la propia Cádiz fuera, posiblemente, el centro productor más importante de estos objetos, que tuvieron tan gran aceptación entre las poblaciones indígenas.

Un modelo: el Cerro Salomón

Gracias a los trabajos arqueológicos de A. Blanco y J. M. Luzón en el Cerro Salomón, en Riotinto, se conoce hoy una explotación minera del siglo VII a.C. en manos de los indígenas. La salida del mineral de toda esta zona, explotada intensamente, era un camino que desde Tejada la Vieja conducía a las proximidades de El Carambolo, desde donde se embarcaba el metal, Guadalquivir abajo, hasta Cádiz, para desde aquí ser enviado por los fenicios al Oriente. Las escorias del Cerro Salomón eran de plata y en mucha menos proporción de cobre.

Otras minas de menor importancia, dentro de esta misma provincia, están localizadas en Tharsis y en Sotiel-Coronada. En estas minas coexisten las corrientes culturales de la Meseta y del Norte con poderosas influencias colonizadoras de los fenicios. La principal fuente de riqueza de este poblado, como de todos los de Huelva y Sierra Morena, era la metalúrgica.

El poblado minero cubre en el cerro una extensión aproximada de 1 km². Las casas están construidas con un número indeterminado de habitaciones. Son pequeñas, rectangulares y distribuidas sin orden aparente. Los muros están levantados con dos o tres filas de piedras, sin labrar, unidas en seco y carecen de cimientos, lo cual prueba que la techumbre era ligera, como en los poblados fenicios de Aljaraque y de Toscanos. El pavimento, como en el Cabezo de la Esperanza, en Huelva, está formado por losas de pizarra importadas. Algunas habitaciones tienen un suelo escalonado de piedra, por exigirlo la pendiente del terreno. La puerta está precedida de un muro curvo, técnica de construcción urbana, desconocida en la tradición hispana y documentada en los poblados mineros de Palestina. En todas las habitaciones se han recogido abundantes carbones, cerámica y cenizas, lo que permite sospechar que los moradores vivían sobre los desperdicios.

Gruesas vetas de mineral de plata recorren el subsuelo a escasa profundidad y fueron explotadas por lo menos desde el siglo VII a.C. Las entradas están señaladas por pequeñas bocas de túneles. Las herramientas empleadas en la extracción de la plata eran picos y martillos, gemelos a los utilizados en la Península Ibérica, desde el Bronce I, y abundantes en esta provincia. En las viviendas recogieron los excavadores útiles de metalurgia y restos de fundiciones. Los primeros son de granito, que encajan perfectamente en los huecos de yunques de la misma piedra. Martillos



Galería de las antiguas explotaciones mineras de Tharsis

y yunques similares los utilizaban los mineros del Arabab occidental, en el Sinaí, en el siglo X a.C. El modelo de estos útiles fue traído por los fenicios y se han recogido en grandes cantidades por toda Sierra Morena, lo que prueba una gran actividad metalúrgica y minera en todo el reino de Tartessos.

La metalurgia

Son muy abundantes en la provincia de Huelva (Riotinto y Tejada) y también en Cerro Muriano en Córdoba. La finalidad de estos yunques era triturar los minerales, antes de su fundición. El proceso de fundición, como actividad doméstica, se hacía dentro de las mismas casas. Las escorias tienen una gran concentración de plata, 600 gramos por tonelada, lo que indica que aquellos mineros obtenían unos rendimientos muy superiores a los modernos. Para la copelación se empleaba plomo derretido. Toberas de barro, en forma de cuerno y prismáticas, se utilizaban para inyectar aire a los hornos de fundición. El extremo de la tobera se introducía en el hoyo en medio del carbón, por debajo del manto de mineral y de sílice, mezclados, que se arrojaba a puñados, dentro del horno abierto. Los hornos eran, a veces, simples agujeros en la tierra, en los que el mineral era triturado y mezclado con sílice y sometido a un fuego avivado por fuelles o por el viento. Esta técnica metalúrgica está documentada en el Próximo Oriente, en el siglo X a.C. y es distinta de la empleada por los metalúrgicos de El Argar para la obtención de la plata, un milenio antes. El examen de las cerámicas, recogidas, permite suponer que el Cerro Salomón es un poblado indígena de gentes indoeuropeas, procedentes de la Meseta, pero fuertemente semitizadas, como estaba todo el sur de la Península Ibérica.

Viajes comerciales

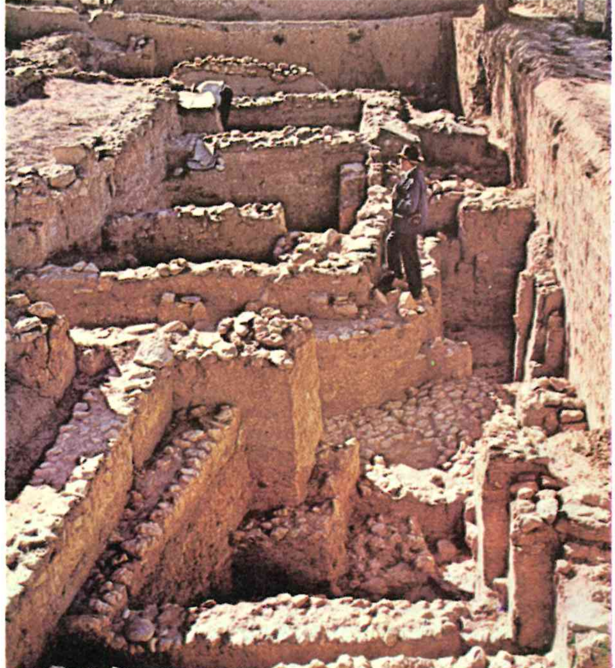
Aunque toda Sierra Morena y Extremadura estaban plagadas de poblados mineros indígenas, del tipo del de Cerro Salomón, los tartesios traían también los metales de otras regiones atlánticas, muy distantes de los centros metalúrgicos, pues la demanda de metales en el Oriente era grande. Hawkes, antiguo profesor de Arqueología de la Universidad de Oxford, ha estudiado el gigantesco comercio de minerales y de objetos manufacturados, que a partir del 1200 a.C. tuvo por escenario toda la costa atlántica. Los barcos utilizados por los mercaderes tartésicos en sus viajes por el Atlántico serían redondos y siguen el prototipo representado en el relieve de Nínive, hoy en el Museo Británico. Un barquito votivo de éstos, fabricado en roble dorado, se ha hallado en Caergwrle, Gales. Los navegantes tartesios llevarían a las islas Británicas los calderos de bronce, de la llamada serie A, que son versiones bárbaras de calderos orientales, y los escudos con escotadura en V. En opinión del arqueólogo oxoniense, en la segunda mitad del siglo VIII a.C., los navegantes tartésicos dejaron de negociar directamente con las islas Británicas, en busca de minerales. A partir de este siglo, los tartésicos llegan sólo a la Armórica (noroeste de Francia) y a través de los habitantes de esta región facilitan a Tartessos materias primas, como estaño y plomo.

Galicia quedó abierta al tráfico con las gentes del sur a partir de la expedición de Himilcón, que tuvo lugar hacia el año 460 antes de Cristo, posiblemente hecha en barcos, con la experiencia y con la marinería tartésica. A continuación empezó la comercialización por parte de Cartago, del mineral de las minas de plomo, estaño, oro y cobre del noroeste hispano. El monopolio de esta explotación minera, hasta finales de la República Romana, estuvo ya en manos de los fenicios de Cádiz.

La explotación de las fabulosas riquezas mineras de Tartessos parece ser una empresa doméstica y la fabricación de objetos de metal se haría en talleres artesanales, de tipo casero, al igual que en la Grecia arcaica, según se ha indicado ya, pero todo ello presupone una red de comercialización de los minerales muy perfeccionada, con unas vías de salida bien establecidas y defendida, en las que los reyes, algunos de cuyos nombres nos han conservado la tradición, como el citado Argantonios, Gerión, Therón, el reyezuelo que dio hospitalidad a Herakles, cuando retornaba victorioso de arrebatar los bueyes al tricorpore Gerión, los jefecillos, como el enterrado en una tumba de carro de Huelva, o debajo de las estelas de Carmona y de Ategua (Córdoba), desempeñarían un papel importante, no sólo en el control y la explotación de los cotos mineros, sino también en la comercialización de los minerales. Esta exportación de metales originó un gigantesco mercado de intercambio con los indígenas, como se ha dicho ya, de productos alimenticios (hoy se cree que la introducción del aceite y del vino en la Península Ibérica coincide con la fecha de final de la Edad

Joyas del tesoro de Ebora

Aspecto parcial de las excavaciones del Poblado Bajo de El Carambolo



Reconstrucción ideal de un vaso pintado tartésico



del Bronce) y de objetos suntuarios de todo género.

La riqueza ganadera

Uno de los ejes de la economía tartésica eran, pues, las explotaciones mineras y la obtención de los metales de ellas derivados; los otros dos eran la riqueza ganadera y la agrícola. En los mitos y leyendas que si sitúan en época tartésica, ha quedado reflejado un eco de esta riqueza; así, en la citada leyenda del robo de los bueyes de Gerión por Heraklés, recogida por Diodoro y por gran número de escritores, tanto griegos como romanos, de época imperial. De entre la descendencia, como puntualiza el historiador siciliano, de las vacas regaladas por el héroe al reyezuelo tartésico, se seleccionaba el mejor toro de cada año, que se sacrificaba a Heraklés, acaso al Heraklés gaditano, es decir, al Melqart fenicio, «desde entonces, escribe Diodoro, hasta el día de hoy las vacas son sagradas en Iberia». En el mito de Habis, muy bien estudiado por Caro Baroja, uno de los pocos mitos ibéricos transmitidos por los autores antiguos, en este caso por Justino, que vivió hacia el año 300 y que extracta a un historiador romano de época de Augusto, Trogo Pompeyo, se afirma del protagonista que enseñó a los nativos el cultivo de la tierra mediante el arado, tirado por bueyes. La localización de estos dos narraciones en Tartessos presupone una abundancia grande de ganado bovino, de la que queda confirmación arqueológica en los depósitos de huesos de los yacimientos, como en El Carambolo y en Cástulo (Jaén) aunque lo que más abundan en ellos son huesos de ganado caprino y ovino, con algo de cerdo.

El toro de Porcuna (Jaén), la antigua Obulco, una de las ciudades que a juzgar por la abundancia de sus monedas tenía tanta riqueza como Cástulo, la capital del distrito minero de Oretania, fechado entre los siglos V-IV y magníficamente estudiado por A. Blanco, es otra prueba de esta abundancia de toros en el valle del Betis. El ejemplar labrado, en piedra del país, está tumbado y sigue modelos orientales. La estatua, posiblemente, fue objeto de culto. Estrabón, en época de Augusto, alude a las vacadas, descendientes de las de la época tartésica, que pastaban a las orillas del Guadalquivir, y puntualiza que «los animales que pasan a las islas del río antes de la pleamar, sorprendidos por ésta, ya al subir, ya al bajar, suelen perecer por falta de fuerza para luchar con la corriente al intentar el regreso. Los toros, acostumbrados al hecho, esperan a que se termine el reflujo y se vuelven entonces a la tierra firme». En otro lugar de su obra alude a la localización del mito de Gerión en Cádiz, que para Ferécides, autor ateniense, que vivió hacia el 500 a.C., era Erytheia, y para otros la isla situada enfrente de la ciudad. Los fenicios introdujeron en el sur, a juzgar por los huesos recogidos en Toscanos, por la misión arqueológica alemana, el asno doméstico, traído del Oriente, y la gallina. Posiblemente las ricas vegas tartésicas atrajeron, tanto como los cotos mineros de Sierra Morena, a los indoeuropeos, pueblo que vivía fundamentalmente del ganado. La citada necrópolis de Setefilla, en las estribaciones del sur de la Sierra Morena, pertenece a un pueblo de pastores de ganado ovino, que se encontraban bastante influenciados por los fenicios de la costa y asentado en uno de los pasos naturales de la cordillera.

Ya hemos dicho que los fenicios introdujeron el cultivo del aceite y posiblemente el del vino. El cultivo del aceite, en opinión de Plinio, no se introdujo en el Mediterráneo Central, antes de la segunda mitad del siglo VII a.C. Con anterioridad a esta fecha lo que se cultivaba era el olivo silvestre o acebuche. Precisamente Cádiz se llamaba la isla de los acebuches, por estar cubierta de este árbol.

Junto a estas fuentes de riqueza, una de ellas y no la menor sería la compra por los fenicios de esclavos a los nativos.

La pesca

Es posible que la obtención de la sal, extraída por desecación de las salinas de las proximidades de Cádiz, tan necesaria para la conservación de ciertos alimentos, como las carnes y los salazones, desempeñase un papel importante en el comercio en manos de los indígenas.

Ningún dato arqueológico permite suponer, en época del reino de Tartessos, que se explotase la salazón, que a partir de mediados del siglo V a.C. se exportaba hasta a la propia Atenas, a través seguramente de Cádiz, y que fue uno de los productos hispanos más famosos durante toda la antigüedad.

La pesca era una fuente de riqueza y de ella, sobre todo de moluscos, hacían gran consumo, tanto los fenicios de Toscanos como los indígenas, asentados en las proximidades de la costa o de los ríos, y que eran metalúrgicos, como los de Huelva.

La huella de Grecia

Por Manuel Bendala Galán
Profesor de Arqueología. Universidad Autónoma de Madrid



La máscara de Tharsis (s. VII a. C.)

EN la todavía oscura y laberíntica civilización tartésica, preguntarse por la acción de los griegos supone abrir nuevos pasillos y estancias mal iluminadas, por los que no cabe sino andar a trompicones. Pese a las noticias que sobre el particular nos ofrecen los textos antiguos —que a menudo complican las cosas en lugar de aclararlas—, y al progreso notable de la indagación arqueológica, poco más tenemos que nuevos argumentos con que alimentar una ya larga polémica. Es evidente que no se está en ella en el mismo punto en que se comenzó; se sabe hoy mucho más que cuando Schulten escribió su *Tartessos*, en 1922. Pero las conclusiones se escurren de las manos, se resisten a ser verdades incontrovertibles que permitan de una vez llevar los escritos de la antigua polémica a los anaqueles de la historiografía, sin trascendencia en la crítica actual. Pero estamos todavía lejos de ello.

La relación griegos-Tartessos puede plantearse, al menos, desde dos puntos de vista. Primero, si en el Tartessos naciente, cuando empieza a configurarse su cultura, existió un impulso o un ingrediente de carácter helénico; segundo, cuáles fueron los contactos que los tartesios mantuvieron con otros griegos en tiempos posteriores —siglos VII y VI—, una vez consolidada su civilización, y en qué medida fueron intensos o esporádicos tales contactos. Son dos vertientes del problema cualitativamente distintas y correspondientes, además, a dos fases sucesivas en el tiempo.

Orígenes de Tartessos

El primer aspecto citado se vincula al núcleo principal de la polémica en torno a Tartessos, esto es, el problema de los orígenes, del que se trata ampliamente en otro lugar de este mismo Cuaderno. Desde los que subrayan el carácter fundamentalmente indígena de Tartessos, nutrido por raíces que llegan al tercer milenio antes de

Cristo, a la cultura megalítica; hasta los que no ven en Tartessos, sino una fase orientalizante debida a la influencia fenicia y griega, hay posiciones para todos los gustos. Contemplado ahora el problema desde la órbita del mundo griego, la cuestión estriba en determinar si hubo o no lo que los historiadores llaman una «precolonización» en este extremo del Mediterráneo, anterior a los viajes samios y a la acción más profunda y constatable de los focenses.

La historicidad de navegaciones griegas a la Península Ibérica en fechas lejanas, del siglo VIII antes de J.C., y aún del IX, ha sido defendida, entre otros, por un autor del prestigio de Antonio García y Bellido, en su obra básica, la *Hispania Graeca* —publicada en 1948—, y en otros muchos trabajos. La proposición de esta tesis descansa, prácticamente en exclusividad, en la interpretación de los textos antiguos, de Estesícoro, Hesiodo, el mismo Homero, y otros, que hablan de remotos contactos del mundo grigo con la lejana Iberia. Autores más recientes se hicieron eco de leyendas en las que los viajes se concretan en protagonistas con nombres y apellidos, algunos de ellos escapados de la epopeya homética y lanzados a la mar una vez terminada su misión en Troya. A la cabeza de todos ellos hay que citar al propio Ulises, que estuvo en España al decir de Estrabón. Y, como él, Anfíloco, que llegó a establecerse entre los galáicos y dio lugar a la estirpe de los *amphilokoi* entre aquéllos, cosa que sostuvieron Estrabón y Pompeyo Trogo, y que recogió Asclepíades de Mirlea, un griego que enseñó gramática en la Turdetania en el siglo I antes de Cristo.

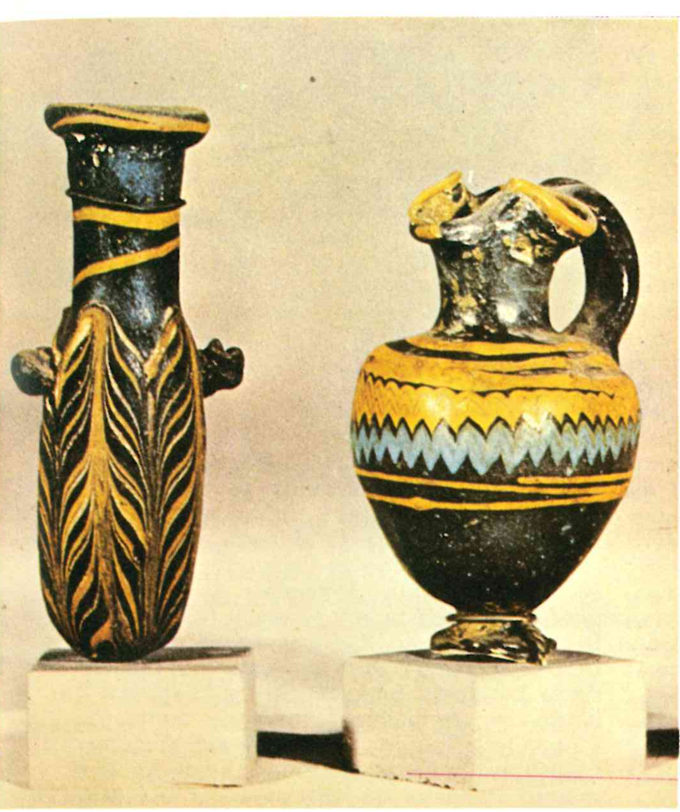
También habla Estrabón de la llegada a España del ateniense Menesteo y de la existencia en la desembocadura del Guadalquivir, cerca de Cádiz, de un oráculo de Menesteo y de un puerto del mismo nombre, que se supone estaría hacia el Puerto de Santa María. Otros navegantes legendarios arribados a nuestras costas fueron: el héroe rodio Tlepólemo, Okella, y algunos compañeros del príncipe troyano Anténor, Teucro, hijo de Telamón y Hesíone y hermano de Ayax, y alguno más. Son todos ellos personajes de leyendas forjadas en general en época helenística, para ennoblecer el origen de las ciudades bárbaras o de viejas colonias griegas, como afirma García y Bellido. Son casos paralelos al de la fundación de Roma por los sucesores de Eneas, y a los que no se concede, lógicamente, valor histórico alguno. Es legítimo, empero, sospechar que el grado de invención no es en todas las narraciones el mismo, o que pudieron nacer al abrigo del recuerdo de hechos reales, desvirtuados luego por la fantasía.

La descalificación de estos relatos como fuente histórica, aparte del propio análisis de los textos, se basa también en la realidad material de los datos arqueológicos. Quienes defendían la «precolonización» encontraban, aquí y allá, pruebas esporádicas que parecían avalar lo contenido en las fuentes; pero son testimonios demasiado escasos y, las más de las veces, mal fechados o de procedencia más que dudosa. Por otra parte, la aparición de vasos u otros objetos griegos anteriores a la colonización focense no implica, por sí sola, la presencia de griegos. Pudieron llegar, en efecto, como mercancía de otros navegantes, ya sean etruscos, para el caso de los hallados en la región catalana y el Mediodía francés, ya fueran fenicios, para los hallados en la zona tartésica. Queda ello bien demostrado con las conocidas *kotylai* protocorintias encontradas por Pellicer en la necrópolis fenicia de Almuñécar (Granada), fechadas en el primer cuarto del siglo VII a. C.

En el estado actual de la crítica histórica y arqueológica, la mayoría de los autores que se ocupan del tema niegan la existencia de navegaciones griegas a España en fechas lejanas del siglo VIII o comienzos del VII, en los tiempos en que desarrollaban ya una gran actividad los navegantes fenicios. Habría que concluir, por tanto, que en el Tartessos de la primera época no hay ingredientes helenos, ni contactos directos con ellos. Si algún objeto griego aparece en su territorio o su zona de influencia, hay que atribuirlo al comercio fenicio. No obstante, y pese a lo rotundo que en tal sentido se manifiestan muchos estudiosos, como Blázquez, la cuestión no ha de darse todavía por zanjada, a lo que puede añadirse que en los últimos años se ha valorado en exceso la «solución fenicia».

En efecto, existen indicios para pensar que tal vez la separación entre la fase inicial de la cultura tartésica y el mundo griego no es tan tajante como suele decirse. Se hace necesario valorar el conocimiento que desde antiguo podían tener en Grecia de nuestro Mediodía peninsular, de sus extraordinarios recursos mineros, de su riqueza agrícola y ganadera. Es casi un tópico afirmar que tal conocimiento procedía de informaciones proporcionadas por los fenicios, pero la realidad arqueológica permite dudar de que ello fuera efectivamente así.

Un meticuloso análisis de la cerámica, las armas, las joyas, el ritual funerario, per-



Vidrios polícromos grecopúnicos (Museo Arqueológico Nacional)

Pectoral del tesoro de El Carambolo

Anfora del Poblado de El Carambolo



mitió a Schubart ver en la cultura de El Argar el reflejo inequívoco de la civilización micénica. Aquí debieron llegar gentes de allí impulsadas por la necesidad de metales —cobre, plata, oro, y, sobre todo, estaño— que desde muy pronto sintieron los griegos micénicos. Con base en esos contactos evidentes ha lanzado recientemente Jordá la hipótesis de que tal vez haya que buscar el Tartessos citado en las fuentes griegas en las tierras almerienses donde floreció la cultura argárica. No ha de extrañar, por tanto, que en Grecia se guardara el recuerdo de aquellas navegaciones en épocas posteriores, como tantas veces se ha supuesto, y que supieran del lejano Occidente, no sólo por medio de otros, sino por la propia experiencia. Entrando en el terreno de las hipótesis, no es aventurado pensar que tras la ruina de la civilización micénica algunos contingentes griegos, mezclados con gentes de Asia Menor, Rodas, Chipre, el Norte de Siria u otros lugares, buscasen en el extremo occidental del Mediterráneo la prosperidad que habían perdido en sus tierras patrias.

Los pueblos del mar

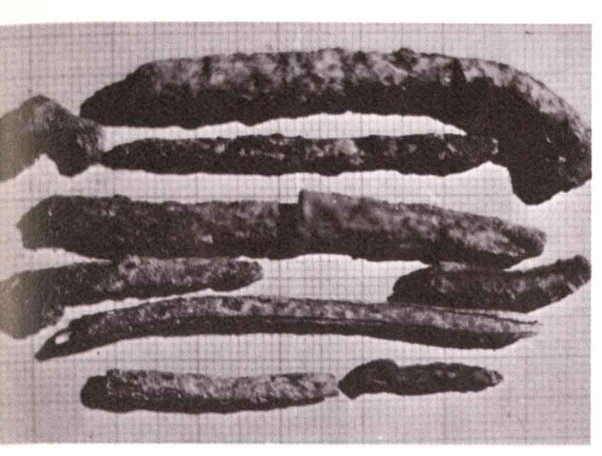
Con ello se entra en uno de los problemás más vidriosos de la historia antigua de las culturas mediterráneas: cuanto se refiere a los llamados «Pueblos del Mar», los que acabaron con el Imperio Hitita, rompieron el equilibrio económico de los micénicos, arrastrándolos a su ruina, y amenazaron las puertas de Egipto en tiempos de Ramsés II y Ramsés III. La acción de aquellas gentes —un conglomerado de pueblos heterogéneos— sumió al mundo griego en un período de varios siglos de decadencia y oscuridad. Algunos de ellos quedaron en el Mediterráneo oriental, por ejemplo los *peleset*, en Palestina; otros emigraron a Occidente, como los *shardana*, a Cerdeña, o los *shekelesh*, a Sicilia. Otro de los citados en los textos egipcios, los *teresch*, pueden estar relacionados con los *tirsenoi* o etruscos.

Como bien se sabe, Schulten identificó a los tartesios con estos últimos, vinculando directamente la aparición de nuestra gran cultura protohistórica a la inmigración de aquéllos. También es sabido que las teorías de Schulten cayeron —y así están hoy— en un absoluto descrédito. Pero, aunque no pueda seguirse al pie de la letra la apasionada argumentación del profesor alemán, cae dentro de lo posible que, como antes decía, un grupo de aquellos navegantes, entre los que podía haber componentes de origen helénico, llegaran hasta Occidente y estimularan la formación de Tartessos. La posibilidad ha sido sugerida en no pocas ocasiones y cuenta en nuestros días con defensores como Montenegro.

El problema que plantean los «Pueblos del Mar» enlaza con el de la mencionada «precolonización» y, subsidiariamente, con la discusión sobre la primacía de fenicios o griegos en arribar a las costas hispanas. Es cierto que hasta hace pocos años, los objetos griegos más antiguos hallados en la Península eran vasos aparecidos en ambientes semitas, entre ellos las citadas *kotylai* de Almuñécar, otros descubiertos en Toscanos (Málaga), y Villaricos (Almería), fragmentos de ánforas áticas de los siglos VIII o VII hallados en Toscanos, Guadalhorce (Málaga) y Huelva, y un *oinochoe* protoático de la primera mitad del siglo VII, procedente de Cádiz. Sin embargo, en 1976 se halló un fragmento de cerámica griega geométrica en Huelva, fechable a fines del siglo X, IX o comienzos del VIII, que difícilmente puede explicarse por medio de la «solución fenicia». Se trata, sin embargo, de un hallazgo fuera de contexto y es muy arriesgado edificar teorías históricas sobre cimiento tan frágil. El descubrimiento carecería de trascendencia si fuera un dato solitario, pero no es ese el caso. Las huellas de la influencia griega de la época geométrica pueden detectarse en elementos arqueológicos de mayor alcance, intensamente estudiados en los últimos años.

En primer lugar, excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en distintos lugares de Sevilla, Huelva, Cádiz y Extremadura, demuestran que, bajo los niveles propios del impacto fenicio, existe un horizonte cultural definido, entre otras cosas, por cerámicas decoradas con temas geométricos bruñidos y pintados, que revelan un impulso externo, anterior y distinto de la acción colonizadora de los fenicios. Su fecha corresponde al siglo IX, y parte del VIII a. C. aproximadamente. El hecho es del mayor interés, porque, sobre todo las cerámicas pintadas —conocidas como de «tipo Carambolo»—, parecen el reflejo de la más antigua cerámica griega geométrica, como sostienen Pellicer y Almagro Gorbea.

De otro lado, las importantes estelas decoradas del Suroeste reflejan el mismo hecho. Son estelas funerarias de piedra, muy toscas, relacionadas geográfica y cronológicamente con el mundo de las cerámicas pintadas y bruñidas. Su área de expansión comptende también las provincias extremeñas, Sevilla y Córdoba, fundamentalmente. Presentan una temática más o



Utensilios de cobre hallados en El Carambolo

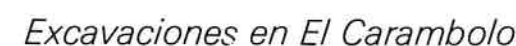


Asa de bronce, en forma de delfín, de origen griego

menos uniforme, que, en los mejores ejemplares, consiste en la representación del difunto, sus armas, su carro de guerra y, a veces, otros personajes, como en la estela de Ategua (Córdoba) donde dos grupos de individuos ejecutan una característica danza funeraria cogidos de las manos. Pese a la impericia de la generalidad de las representaciones, el estilo es semejante al de los temas pintados en los vasos funerarios de la Grecia geométrica. Pero más importante que la coincidencia estilística es la arqueológica y conceptual: vemos, por ejemplo, la utilización del mismo tipo de carro, y el desarrollo de un ritual funerario similar.

En suma, no se puede desechar del todo la hipótesis de que la fase inicial de la cultura tartésica venga marcada por sensibles influencias procedentes del ámbito griego. Si se quiere perfilar más la propuesta, cabe apuntar la idea de que un grupo de inmigrantes, pertrechados con el mejor armamento de la época —recias espadas, escudos, carros veloces de dos ruedas tirados por caballos— se impuso a la población existente, como casta dominante, en el núcleo originario de lo que habría de ser Tartessos: las zonas mineras de Huelva, Extremadura, Sevilla y Córdoba.

Relacionado con cuanto va dicho, y con el problema de la «precolonización», hay otro hecho que no podemos dejar de lado, aunque en principio no parezca afectar al problema tartésico: la venida de los rodios. Escimo y, más pormenorizadamente, Estrabón sostienen que los rodios fundaron, antes de la primera olimpiada (—776),



Excavaciones en El Carambolo



una colonia en Iberia —Rhode—, que pasó luego al dominio massaliota. La fundación ha sido ya localizada en Rosas, muy cerca de Ampurias, aunque los vestigios arqueológicos documentados no van más allá del siglo IV o del V a. C. La generalidad de los autores niegan a Rhode la antigüedad que le atribuyen las fuentes, pero la posibilidad existe, como prácticamente en solitario ha defendido —y defiende— Maluquer, con sólidos argumentos. La hipótesis arriba expuesta acerca de las estelas y de las cerámicas de la región tartésica puede ser otro apoyo para la antigüedad de Rhode. Tal vez por allí pasaron las gentes de las estelas, que, no por casualidad, también aparecen en esa zona. Una de aspecto bastante arcaico se halló en Preixana (Lérida), y no hace mucho que una magnífica estela emperentada también con las del Suroeste, apareció en Luna (Zaragoza). Ofrece ésta, además de un escudo redondo con escotadura en V —el típico de las estelas tartésicas—, un instrumento de cuerda semejante a la *phorminx* que empleaban los griegos del período geométrico.

Digamos por último, para cuanto se refiere a los posibles contactos de Tartessos con la Grecia del período geométrico, que la imagen que ofrecen los estudios más recientes sobre el mundo griego de entonces es mucho más dinámica y creadora de lo que hasta no hace mucho se pensaba. La crisis interna y el aislamiento que siguieron a la ruina micénica estaban en gran medida superados en el siglo IX, sin olvidar que es en el VIII cuando los griegos emprenden la gran colonización hacia Occidente.

El viaje de Kolaios

Para el análisis del segundo aspecto enunciado al comienzo contamos con fuentes históricas más firmes y con más datos arqueológicos, aunque tampoco queda todo resuelto. Veamos primero lo que nos dicen las fuentes. Heródoto da cuenta de un viaje de griegos a Tartessos que tiene visos de verosimilitud, aunque se reviste todavía de cierto aire novelesco. Un navío samio capitaneado por Kolaios, en cierta ocasión en que navegaba hacia Egipto, fue arrastrado por vientos apeliotas del Este más acá de las columnas de Hércules, hasta arribar a Tartessos. Calurosamente acogido por los naturales de aquí, obtuvo beneficios que superaron los de cualquier otro comerciante, a excepción —puntualiza Heródoto— de un egineta de nombre Sostratos. De regreso a su patria, pudo Kolaios dedicar un riquísimo exvoto de acción de gracias a la diosa Hera. El viaje pudo ser cierto, y fechable por otros datos contenidos en el relato hacia el 630-620 a. C. Sin hacer caso, obviamente, de la «casualidad» —con tan fantástico alejamiento de la ruta originariamente emprendida—, hay que ver en el viaje de Kolaios uno más de los muchos que los griegos debieron hacer hacia Tartessos en el siglo VII a la búsqueda de metales, como opina García y Bellido. Para Maluquer representa la coronación afortunada de una etapa de tanteos para eliminar al intermediario fenicio en el mercado del metal, a la vez que demostraba el intento jonio de neutralizar el creciente poderío corintio. En cualquier caso, es evidente que los griegos estaban decididos a buscar por sí mismos los metales que necesitaban, ya fuera cobre o estaño para el bronce de sus armas y utensilios, ya la plata para la emisión de monedas. Himera, por ejemplo, acuñaba con plata tartésica, y alguna vez se ha sugerido que los grandes beneficios que dieron fama a Sóstratos de Egina procedían también del comercio tartésico y que gracias a su plata comenzaron los eginetas a emitir sus magníficas monedas.

El viaje de Kolaois no fue aprovechado por lo samios, obligados tal vez a atender a asuntos más cercanos y perentorios. Lo hicieron en cambio los focenses, lanzados a una ambiciosa aventura colonizadora en Occidente, con la que se consolida la presencia griega en España. Para sus empresas coloniales y comerciales se sirvieron de los rápidos *pentekónteros*, navíos de cincuenta remos, creados para la guerra, pero eficaces también en el comercio, faena en la que su menor capacidad quedaba compensada por su rapidez y sus cualidades marineras. Hacia el 600 a. C., o poco antes, fundaron Massalia (Marsella), y algo después Emporion (Ampurias), cuyo papel civilizador en el Nordeste hispano fue decisivo. Las fuentes mencionan otros establecimientos focenses en las costas levantina y andaluza —Hemeroskopeion, Alonís, Akra Leuké, Manaike, y otros— con los que trataron de controlar el mercado con los pueblos hispanos, en abierta competencia con los fenicios o púnicos.

Los contactos de los focenses con los tartesios fueron muy íntimos, si nos atenemos a lo que en los textos se dice dice. Heródoto nos ofrece datos sustanciosos que, sobre este asunto, dibujan el cuadro más sugestivo en la relación de ambos pueblos; y todo ello con el crédito que proporciona el justo prestigio del historiador y la cercanía cronológica a los hechos a que

se refiere. En el libro I de sus *Historias* da cuenta de la amistad que trabaron los focenses con el Rey Tartesio Argantonio, cuyo reinado se sitúa entre fines del siglo VII y el 550 a. C. Tal amistad llegó al punto de que el príncipe de los tartesios ofreció



Zarcillos del tesoro de Ebora



Jarra del Poblado de El Carambolo



Brazalete del tesoro de El Carambolo

a sus amigos la posibilidad de que se establecieran en sus tierras ante el peligro que su patria corría por la extansión persa; al denegar la proposición, les dio gran cantidad de plata para reforzar las murallas de su ciudad, lo que no impidió su destrucción en el 540 por las huestes de Ciro.

Sin que se pueda probar la certeza absoluta de la narración herodotiana, los hechos pueden ser perfectamente explicables. En principio, la actitud filohelena de Argantonio puede ser mejor entendida si fuera cierta la hipótesis antes apuntada acerca de las posibles raíces griegas de los tartesios; todo podía, entonces, venir animado al encontrar en los focenses un cierto parentesco. Sin embargo, no hace falta contar con ello para aceptar como verosímil la actitud de Argantonio. Pudo tener razón Schulten cuando juzgó su oferta, no como un hecho absolutamente desinteresado, sino como la necesidad de buscar aliados con

que frenar la influencia de los mercaderes fenicios. Parece, en efecto, que los tartesios nunca vieron con total sosiego la presencia fenicia, ya que si por una parte era un factor de enriquecimiento, al servir de cauce adecuado a la comercialización de sus productos, por otra suponía una peligro de suplantación, como de hecho ocurriría. Por esta reticencia se explica el proceso de la fundación de Gadir: los fenicios, tras los primeros tanteos, trataron de establecerse cerca de las fuentes del metal, en Huelva; pero debieron impedírselo los tartesios, tras lo que ocuparon el lugar de Cádiz, magníficamente situado para el comercio, y a prudencial distancia de los centros de interés de aquéllos. Otros datos de las fuentes revelan una rivalidad, que alguna vez, según Macrobio, llegó a la guerra abierta. Se explica, pues, que en tiempos de Argantonio, cuando los fenicios habían consolidado su imperio comercial en las costas del sur, se acudiera a los griegos para contrarrestar el amenazante empuje semita.

El panorama ofrecido por los textos ha de ser contrastado por la Arqueología, y es aquí donde de nuevo se ensombrece nuestra visión, que irremisiblemente parece enturbiarse ante todo cuanto se refiere a Tartessos. Como elementos probatorios del viaje de Kolaios se suele acudir a objetos como los cascos corintios del Guadalete y de la Ría de Huelva, a un prótomo de grifo de bronce procedente de Andalucía, o al anillo con dudosa inscripción griega hallado por Schulten en el coto de Doñana. Son, sin embargo, hallazgos que en ningún caso se pueden conectar a ciencia cierta con el paso del aventurado navegante samio.

Influencia griega

La colonización focense, por su parte, bien documentada en la costa francocatalana, con centros tan bien conocidos como Massalia o Emporion, parece esfumarse conforme se acerca o roza el área tartésica. En recientes puestas al día de la cuestión, Jean-Paul Morel llega a la conclusión de que no hay testimonios arqueológicos que documenten la colonización focense en el Sur. De hecho, no se han localizado todavía los establecimientos en la costa levantina y andaluza que se mencionan en las fuentes; y Mainake, que se quiere situar en torno a Málaga, y que sería la colonia griega más cercana al corazón de Tartessos, sigue sin aparecer. En su lugar, las excavaciones están poniendo a la luz prósperos enclaves fenicios que confirman el predominio semita en las rutas meridionales. Es de señalar que para buscar las huellas de los focenses parecía de la mayor garantía seguir la pista a cierta cerámica gris abundante en el sur tenida como producto genuino de aquéllos. Sin embargo, estudios recientes de Almagro Gorbea, Aranegui y otros, han demostrado orígenes distintos para este tipo de vasos, así como variantes cercanas a las focenses, pero propias de los alfares fenicio-púnicos. Con todo, la «solución fenicia» vuelve a ser tenida en cuenta a la hora de explicar los hallazgos griegos del ámbito tartésico en fechas de los siglos VII y VI a. C.

No obstante, son muchos los que defienden la historicidad de la colonización focense en el Mediodía peninsular, y como tal se acepta en la generalidad de los estudios que hablan de la presencia griega en Occidente. Son de mucho peso las fuentes históricas, y no faltan datos arqueológicos que pueden confirmarlas.

Pero insistiendo en lo que ahora nos interesa, en la influencia griega en Tartessos, no cabe dudar de su realidad ni de su importancia. Sin enumerar datos para probarlo, baste recordar el profundo sabor helénico que define a muchas de las creaciones del arte y la cultura tartésicos, perpetuado luego en las propias del mundo ibero-turdetano. Este hecho, bien estudiado por blanco, se perfila cada vez mejor, conforme se acrecientan las excavaciones y aumenta nuestro conocimiento del tema. Cada vez es más evidente el fondo helénico que subyace en los ricos yacimientos de la región extremeña; y por poner un ejemplo expresivo, cabe citar el importante conjunto escultórico aparecido hace algunos años en Porcuna (Jaén), todavía inédito. Lo forman varias decenas de esculturas, aisladas y en grupo, de indudable estilo greco-jónico y cronología muy discutida, aunque puede fecharse seguramente a fines del siglo VI o a comienzos del V a. C.

Para terminar, recordemos que el comercio griego con las tierras meridionales mantuvo cierta continuidad, que no fue interrumpida por acontecimientos como el revés focense en Alalia, el 535; o el poderío cartaginés que condujo al tratado con Roma del 509. Productos áticos y de otros lugares de Grecia siguieron llegando al Mediodía español aún después de la ruina de Tartessos, lo que debió de ocurrir no mucho más tarde del gobierno de Argantonio. El poderoso reino terminaba su paso por los campos de la historia y entraba en las esferas celestes del mito, cosa que también corrió a cargo de los griegos.

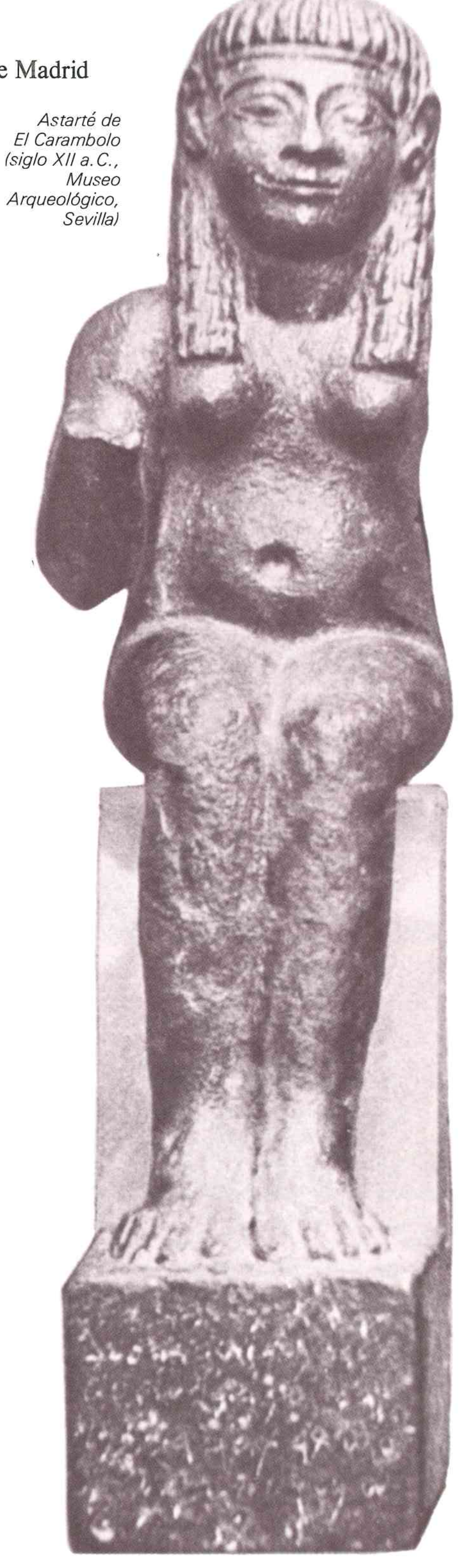
Tartessos y la Atlántida

Por Miguel Angel Elvira
Profesor de Arqueología. Universidad Complutense de Madrid

TODO estudio, por breve que sea, sobre el mito de la Atlántida, comienza por repetir, de forma ritual, que no será sino una gota más en el mar de tinta vertido sobre el tema. No somos en ello una excepción. Y tampoco lo somos al repetir y recordar, también ritualmente, que la Atlántida, frente a tantos otros mitos, parece tener, literariamente, un padre bien definido. Todo lo que la Antigüedad nos ha legado sobre ella (y, al parecer, lo único que conoció) son dos textos de Platón, uno del *Timeo* (24e-25d) y otro, mucho más largo, del *Critias* (11e-121c), que engarzan perfectamente y nos proponen, en substancia, el siguiente relato:

Hace muchos años existía «una isla frente al estrecho [de]... las Columnas de Heracles. La isla en cuestión era más extensa que Libia y Asia reunidas», y era la sede del imperio de los Atlantes. Allí Poseidón instaló una dinastía de monarcas descendientes suyos, que le adoraron en su templo y vivieron con gran prosperidad. La tierra era feraz en extremo: un anchuroso valle entre montañas, con numerosísimos cursos de agua, que producía tanto metales como madera, plantas, animales y frutos de los tipos más variados. Los Atlantes abrieron canales y construyeron una ciudad riquísima, con varios cercos de murallas, puertos (pues eran grandes comerciantes), palacios, fuentes y baños, amén del templo a Poseidón. Fuera de los muros, los territorios de la Atlántida se repartían en diez reinos, cada cual con su organización y ejército propios. Periódicamente, todos los reyes se reunían en la capital, donde ofrecían un toro a Poseidón y «juraban que su juicio estaría de acuerdo con las leyes escritas en la columna» del templo. Pero tan gran prosperidad pervirtió el ánimo de los Atlantes, y éstos se lanzaron a la conquista de todo el Mediterráneo. Sólo Atenas y Egipto supieron detener su invasión, y Zeus, para castigarlos, provocó un terrible cataclismo: «la isla Atlántida... desapareció sepultada bajo las aguas» dejando unos bajíos y escollos que aún hoy se ven en el mar.

¿Subyace una realidad tras este relato? Muchos, con Aristóteles al frente, lo han negado. Pero no acaban de convencer. Cuando Platón inventa un mito, como el de la caverna, los detalles de su invención, por prolijos que sean, tienen un valor a la hora de la demostración filosófica. Aquí, en cambio, aunque la parte teórica del Critias quedó sin escribir, resulta difícil imaginar que pudiera ser interpretada en todos sus elementos tan gigantesca y profusa descripción. Metodológicamente, por tanto, hemos de pensar, con Posidonio, que Platón quiso salvar del olvido algo que había llegado a su conocimiento, y que tras el relato hay un fondo de verdad.



Astarté de El Carambolo (siglo XII a.C., Museo Arqueológico, Sevilla)

Sin embargo, de ahí a «buscar la Atlántida», como ingenuamente tantos han intentado, hay más de un paso. En primer lugar, porque un país como el descrito, con características tan concretas y con una historia tan movida, no ha existido jamás. La «Atlántida» geológica, situada entre Africa y América, se hundió mucho antes de que la humanidad alcanzase el nivel cultural reflejado en el *Critias*, y Platón no pudo tener noticia de su remota existencia. En cuanto a la «Atlántida» más recientemente descubierta, la Thera minoica, en el Egeo, si bien es cierto que cumple el requisito de haberse hundido en una erupción volcánica, no responde en cambio a la situación ni a la geografía descritas por nuestro filósofo.

Se impone, por tanto, una solución menos exclusiva. No se puede hablar de la Atlántida, a secas, más que en un plano mítico y filosófico. A la hora de buscar su realidad concreta es preferible, al menos en principio, una desintegración del mito: hay una Atlántida-geográfica, con sus valles, montes y cultivos; una Atlántida-cultural, con sus estructuras monárquicas, social y religiosa; una Atlántida-histórica, o incluso dos: la invasora del Mediterráneo y la destruida por un cataclismo; etc... Se trata de múltiples «mitemas», llamémoslos así, con los que Platón compone su mito.

Formación del mito

¿Platón? Hora es de preguntárnoslo. En efecto, pese a ser él la única fuente conocida por nosotros y por los antiguos, queda la duda. Y él mismo, por boca de Critias, niega ser el creador del relato. Critias afirma que cuando expone no es sino lo que recuerda haber leído en unos manuscritos de Solón. *Estos manuscritos* —dice— *los tenía mi abuelo y aún están en mi poder: yo los he estudiado con ahinco en mi juventud.* Solón, a su vez, en estos textos había traducido un original egipcio, conocido por él durante su visita al faraón Amasis. Critias añade incluso el detalle de que los nombres propios aparecen en griego porque Solón tradujo su sentido egipcio, en lugar de transcribirlos.

Si aceptamos al pie de la letra esta transmisión de textos, se solucionan problemas que de otro modo quedarían muy confusos, y que nos dan la clave de la progresiva formación del mito por fusión de elementos. Tal es el caso de la guerra de los Atlantas contra Atenas y Egipto. Hacia el año 1200 a.C., se dan dos invasiones muy concretas: la de los dorios en Grecia (contra la que se defienden victoriosamente los jonios y aqueos de Atenas) y la de los «pueblos del mar» en Egipto (en dos oleadas, derrotadas, espectivamente, por Merneptah y Ramsés III). Un egipcio podía identificarlas, y contemplar a Atenas y Egipto unidos contra el bárbaro noroccidental. En cambio, un griego nunca hubiera podido concebir tal fusión: entre los «pueblos del mar» había precisamente aqueos y jonios como los defensores de Atenas.

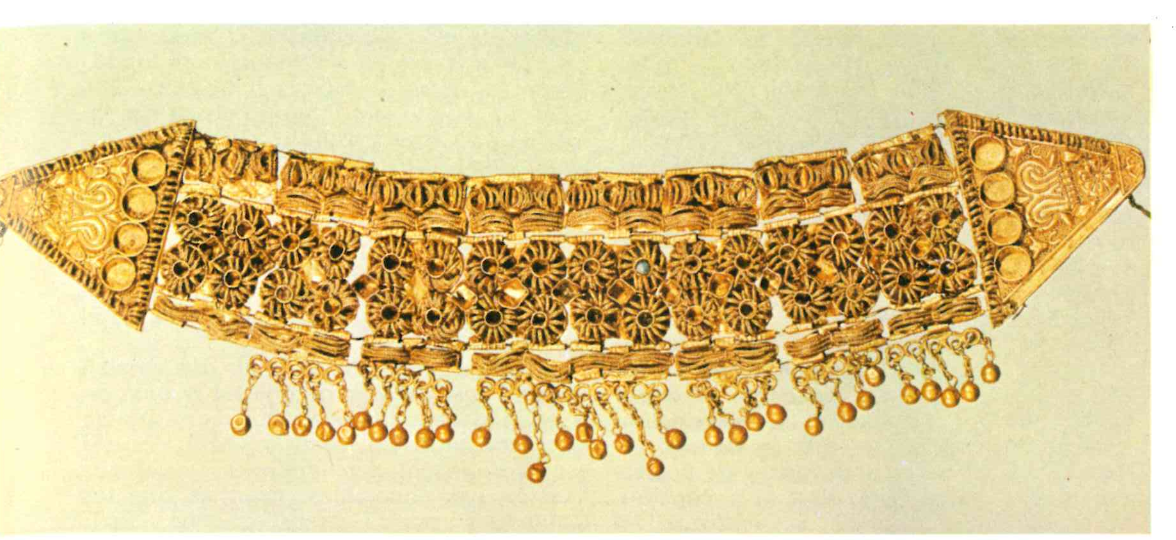
Parece, por tanto, que podemos aceptar el origen egipcio del relato de Platón. Con ello, sin embargo, se complican enormemente las fichas de nuestro tablero. ¿Hasta qué punto Solón supo traducir fielmente? ¿pudo inventar algunos datos? ¿utilizó un solo texto, o varios reunidos en una biblioteca o un *volumen*, y que nada tenían que ver entre ellos? ¿era fiable la memoria de Critias? ¿de qué fuentes procedían los relatos egipcios? ¿quién fue: Platón, Critias, Solón o el escriba egipcio, el que tuvo la idea, por ejemplo, de relacionar las invasiones del 1.200 a.C. con la erupción de Thera, ocurrida tres siglos antes?

Imposible sería penetrar en tan enmarañada madeja. Pero, hasta cierto punto, no es necesario para nuestro cometido. Nos basta con saber que los distintos «mitemas», las distintas «Atlántidas», tienen un origen desde luego anterior al año 600 a.C. (hacia esa fecha iría Solón a Egipto), probablemente egipcio (o acaso fenicio, cuando se trata de descripciones de países lejanos) y no mítico al parecer. Además, es muy digno de señalarse que cada «mitema» tiene una estructura interna muy coherente, incluso en detalles nimios: ninguna incongruencia hay en la organización política de los Atlantes, dando la impresión de que ha permanecido inalterada a través de traducciones, transcripciones y recuerdos. Lo mismo puede decirse (si apartamos ciertas adherencias clasicistas) de su mundo religioso y otro tanto (con ciertas reservas y comentarios) de la geografía de su país.

¿Tartessos es la Atlántida?

Para el problema de Tartessos, que es el que aquí nos ocupa, es precisamente este último apartado, el de la Atlántida-geográfica, el que tiene mayor interés. En efecto, desde que A. Schulten, en 1939, planteó apasionadamente todas las coincidencias que existen entre la estructura física de Andalucía y la descrita en el *Critias*, este aspecto ha sido el caballo de batalla de todos los que han creído y creen firmemente en la ecuación Tartessos = Atlántida. Y lo cierto es que, a pesar de ciertos errores del investigador alemán, debidos sobre todo a su creencia de que la costa de la desembocadura del Guadalquivir no ha variado en tres milenios, sus observaciones son perfectamente atinadas.

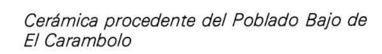
No hay duda, en efecto, de que, si en la Atlántida se encontraba «la región llamada

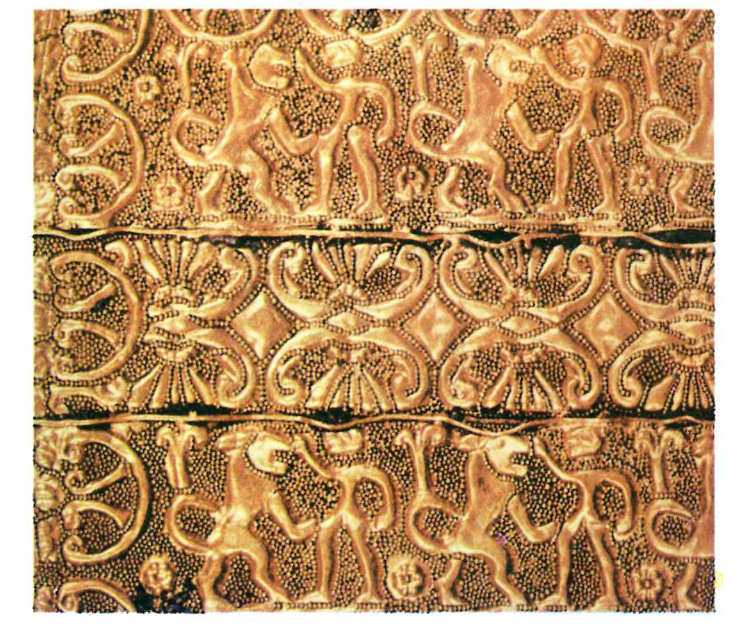




Diadema del tesoro de La Aliseda (siglo VII a.C., Museo Arqueológico Nacional, Madrid)

Cerámica procedente del Poblado Bajo de El Carambolo





Detalle de un cinturón del tesoro de La Aliseda

hoy Gadeirike», entregada a un tal Gadeiros, ello nos evoca la presencia de Cádiz (o, todo lo más, de uno de los Gadir del Africa noroccidental). La capital de la Atlántida, situada en una pequeña colina entre canales, y rodeada por un amplio llano asimismo surcado por cursos de agua, parece evocar las ciudades y aldeas que, todavía en época romana, ocupaban promontorios, dejando a sus pies las marismas en formación del Guadalquivir, y los «canales» tartésicos mencionados por Estrabón. Esto mismo explica también el que, a pesar de su carácter comercial, la capital de los Atlantes no se encontrase en la costa, debiendo realizarse su acceso por vía fluvial. La descripción general de la Atlántida, por lo demás, es inequívoca: *El país era elevado y de costas escarpadas* (claro está, con la excepción de la zona de la capital). *Sin embargo, la capital estaba rodeada por un terreno llano. Esta llanura envolvía enteramente la ciudad y, a su vez, estaba cercada por una cadena montañosa que llegaba hasta el Océano. Era una llanura lisa, de nivel uniforme, oblonga en conjunto; media por sus lados tres mil estadios y dos mil en el centro, subiendo desde el mar. Esta comarca, en toda la isla, estaba orientada hacia el sur y protegida de los vientos del norte... La llanura entera... tenía, como he dicho, la forma de un cuadrilátero alargado, de lados casi rectos.* Incluso la riqueza en metales de la Atlántida, así como su abundancia en frutos, árboles y ganado, son trasuntos de la que, en época clásica, será proverbial feracidad de la Bética.

Los principales ataques a esta correlación entre Tartessos y la Atlántida se han centrado sólo en un punto: la vinculación entre la isla platónica y las Columnas de Heracles. Para los partidarios, hoy muy numerosos, de que la Atlántida corresponda a la Creta y la Thera minoicas, ha resultado fácil ahondar este punto, mostrando sus flaquezas: Platón, como todos los griegos, pudo caer en la tentación de situar en el extremo occidente el escenario de mitos extraños y maravillosos (como las Islas de los Bienaventurados, o el Jardín de las Hespérides), y también, como todos los griegos, asociaba la palabra Atlas con el océano ya entonces llamado Atlántico, sin recordar que «Atlántida» ('Ατλαντιξ) era, como él mismo había advertido, una simple traducción griega hecha por Solón de un término egipcio desconocido.

Sin embargo, tales reticencias no son definitivas. Algún dato nuevo, como el de la doble muralla de Tejada la Vieja (Huelva), recientemente estudiada por el Prof. Blanco, parece reflejar elementos de la capital de los Atlantes; y, sobre todo, paradójicamente, la calificación de «isla» referencia a la Atlántida cobra, con la teoría de la transmisión del mito a través de Solón, un valor fundamental: el viajero (fenicio o egipcio) que relató en Egipto sus impresiones, o les dio su primitiva forma escrita, navegaba hacia el occidente costeando Africa o pasando de isla a isla, y por tanto, la Península Ibérica había de parecerle la mayor de todas las islas *(más extensa que Libia y Asia reunidas)*. Tal error geográfico es en sí revelador, y hubiera sido incomprensible entre los griegos, que dirigían sus naves al sur de la Galia.

Por tanto, podemos concluir que existen muchas posibilidades de que, en el mito de la Atlántida, la parte geográfica corresponda al mundo tartésico. Creta y Thera, en este aspecto, presentarían problemas de identificación casi insolubles, mientras que los planteados por Tartesos pueden fácilmente solventarse: los trazados geométricos, concéntricos, de los canales de la Atlántida no son sino una esquematización racional o mítica de una descripción confusa, y la venta de marfil (de importación) en los mercados tartésicos pudo hacer pensar a un viajero oriental que la vega del Betis alimentaba elefantes.

Confusión de datos

Mas dejemos el aspecto geográfico, pues más interesante, aunque más discutible, es el problema de la Atlántida-cultural. Las instituciones, costumbres y usos de su relato ¿las copió Solón del mismo texto egipcio que describía costas y canales? Cuando se lee el *Critias* de forma imparcial, parece imponerse en principio una respuesta negativa: ¿cómo substraerse al recuerdo constante de la sociedad minoica? Ante nosotros parecen desfilar el rey de Cnossos, con sus régulos y su ejército de campesinos, los palacios multicolores con su correcta distribución de aguas, el culto al toro (tal es la advocación del «Poseidón» de la Atlántida), sus tauromaquias, el uso de la escritura...

Y, sin embargo, queda una sombra de duda. Ciertos datos no cuadran con el mundo cretense que nosotros conocemos: imposible reducir el enorme templo de los Atlantes a los santuarios rupestres minoicos, y extraño observar un uso continuo del caballo, cuando la equitación no fue introducida en Creta hasta la llegada de los aqueos. ¿Por qué no aceptar —tal es la tendencia más generalizada— una solución menos rígida?

Platón nos ha descrito, simplemente, un esquema de sociedad mediterránea preindoeuropea y evolucionada. Y si lo ha hecho con acierto, es una prueba más de que no se inventó su Atlántida, sino que acudió a textos anteriores a él en varios siglos. No

es descabellado pensar que Solón, leyendo y cotejando textos egipcios referidos a diversas regiones, y viendo sus semejanzas culturales, las consideró como una sola, fundió sus rasgos, y les dio la geografía de una y la historia de otra, creyendo que todas formaban *un extenso y maravilloso imperio, dueño de toda la isla y de otras muchas islas y regiones continentales,* comprendiendo *Libia hasta Egipto y Europa hasta Tirrenia.*

Lo cierto, y lo que queremos resaltar, es que es probable que el mundo cultural de Tartessos se pareciese al de la Atlántida. A pesar de la escasez de los datos arqueológicos, las fuentes griegas demuestran suficientemente que existió una monarquía tartésica; y los muchos rasgos conocidos de los turdetanos e iberos posteriores coinciden asimismo: leyes escritas muy antiguas (la escritura se usó en Andalucía desde, por lo menos, el siglo VIII a.C.), régulos independizados tras la caída del poder central, culto al toro, santuarios llenos de exvotos-retrato...; todo ello, en efecto, nos indica que, cuando los romanos llegaron a la Bética, pudieron conocer aún los últimos restos, ya degenerados, de una cultura preindoeuropea como la de los Atlantes.

Figurilla de Ptah, procedente de Cádiz (siglo VII-VI a.C. Museo Arqueológico Nacional, Madrid)

Bibliografía

Almagro, M., *Prehistoria,* Vol. I de *Historia de España,* Madrid, Espasa-Calpe, 1954. Ballester, R., *Historia de España,* Vol. I, Barcelona, Aymá, 1956. Blázquez, J. M., *Tartessos y los orígenes de la civilización fenicia en Occidente,* Salamanca, Universidad de Salamanca, 1968. Id. y Montenegro, A., *La Prehistoria,* en Vol. I de *Historia de España,* Madrid, Espasa-Calpe, 1980. Bozal, V., *Historia del arte en España,* Vol. I, Madrid, Istmo, 1978. Cabo, A., y Vigil, M., *Condicionamientos geográficos. Edad Antigua,* Madrid, Alianza, 1975. Caro Baroja, J., *Los pueblos de España* (2 vols.), Madrid, Istmo, 1975. Carriazo, J. de M., *Tartessos y El Carambolo,* Madrid, 1973. Lozoya, M. de, *Primeras nociones históricas de España,* Barcelona, Salvat, 1974. Maluquer de Motes, J., *Los pueblos ibéricos,* en Vol. I de *Historia de España,* dirigida por Menéndez Pidal, Madrid, Espasa-Calpe, 1954. Mangas, J., y otros, *Historia de la España Antigua,* Madrid, Cátedra, 1980. Mansuelli, G. A., *Las civilizaciones de la Europa Antigua,* Barcelona, Juventud, 1972. Presedo, F., y Blázquez, J. M., *Protohistoria,* en Vol. I de *Historia de la España Antigua,* Madrid, Cátedra, 1980. Ramos, R., *Arqueología prehistórica de la Península Ibérica,* Elche, Picher, 1982. Roldán, J. M., *Introducción a la Historia Antigua,* Madrid, Istmo, 1975. Tarradell, M., *La España Antigua,* en Vol. I de *Historia de España y América social y económica,* Barcelona, Vicens Vives, 1974. Varios autores, *Historia de España,* Madrid, Historia 16, 1986.

Zarcillo del tesoro de La Aliseda (siglo VII a.C., Museo Arqueológico Nacional, Madrid)

